



EL CURA DE RETAMALES (I)

CUENTO

Á las seis de la tarde del 15 de Julio de 1870, empolvado como boquerón antes de freir, me apeé de una desvencijada góndola á la puerta de la posada del Cuervo, en Retamales.

De una parienta mía lejana y en el término de dicho pueblo acababa de heredar cuatro tierras propias para el cultivo del cáñamo, juntamente con un caserón que por aquel entonces servía de cuartel á la Guardia civil.

Iba, pues, á tomar posesión de mi hacienda sin haber calculado antes que el viaje desde Madrid y un mes en el hotel de *Siete Suelos*, en la Alhambra, importarían casi tanto como mis nuevos estados.

Aún no me había desempolvado, cuando recibí la visita del herrador-albéitar, administrador por mi difunta tía hasta entonces de las finquillas que dejo mentadas. Aquel hombre, cuyo vulgar aspecto y rudas maneras no reclaman especial descripción, poseía la lengua más ejercitada que he conocido, y en dos horas que la esgrimió á su gusto, á manera de afilado pujavante, se dió tales trazas, que rebajó

(1) Del precioso libro titulado *La Decena*.—N. de la R.

hasta el hueso la fama de todas y cada una de las personas de viso en Retamales.

Oíale yo en silencio y nervioso, como quien escucha el chirrido desapacible y monótono de carreta gallega, y esto, lejos de desanimarle, aguijoneaba más y más su grosera locuacidad.

Habiendo desollado ya al alcalde, al secretario del ayuntamiento, al farmacéutico, al estanquero y á los dos ó tres mayores contribuyentes del pueblo, se detuvo un instante para tomar resuello, y yo, aprovechando la coyuntura, por decir algo, le pregunté:

—Y el señor cura, ¿qué clase de persona es?

Ni que le hubiese puesto á mi hombre un rejonazo en mitad del cogote. Se retrepó en la silla tan bruscamente que la hizo crujir por todos los palitroques; con tremendo garraspeo se deshollinó el gaznate, y, un si es ó no turulato y confuso, contestó:

—Pues D. Alfredo... tocante al padre Alfredo, tengo que decir que es un bendito con muchísimo pesqui, mu liberal, sí, señor, y mu hombre.

—¡Qué me cuenta usted! — exclamé verdaderamente asombrado, pues en boca de aquel jayán la alabanza era flor nacida en peñasco.

—Lo que usted oye. El señor cura debe ser hombre de mucha historia y de mucho trigo; todo lo que da el curato, las misas de encargo y otro tanto de su faltriquera, lo reparte entre los pobres; obró la ermita de la Cabeza, que parece una catedral, y trujo las hermanas Carmelitas al Hospitalillo.

—Celebro infinito que haya en el pueblo siquiera una persona regular con quien usted pueda tratarse, pues los otros, á juzgar por los informes que me ha dado...

—Para que usted vea lo que son *los otros*... se las han compuesto con sus chismes de modo y manera que el padre Alfredo, aunque me dice «con Dios, Hermenegildo», me parece á mí que me da de lao hace algún tiempo.

—¿El señor cura es del pueblo?

—No, señor; es sobrino del padre Vicente, á quien ha

reemplazao en el curato y con quien estudió de niño las primeras letras y luego las otras. A los diez ú doce años salió del pueblo, y fuera de alguna vez que vino, entoavía zagalón, á visitar á su tío, no le hemos vuelto á ver el pelo hasta dos años antes de ordenarse, que los pasó aquí haciendo vida de fraile. Aluego se ordenó y vino otra vez pa jacerse cargo de la parroquia.

Hablé después con el herrador del propósito que me traía á Retamales, que no era otro que vender mi hacienda, y á las nueve, que me dejó en paz, decidí meterme entre sábanas.

Iba ya á hacerlo, cuando recordé que el día siguiente era el de la fiesta de la Virgen del Carmen. Mi santa madre se llamaba así, y tengo por costumbre mandar decir una misa y oirla todos los años en semejante día, donde quiera que me encuentro.

Llamé al posadero.

—¿Le es á usted fácil enviar un recado al señor cura—le dije—preguntándole si mañana puede aplicar la misa por mi intención?

—¡Vaya! Ahora mismito.

—Perfectamente; tome usted este duro y que lo entreguen al párroco en mi nombre.

—El padre Alfredo no cobra nunca istipendio por la misa.

—Bien, ya lo sé; pero lo da á los pobres, y es lo mismo.

—Usted disimule, él no lo da; lo que hace es decir á quién debe darlo el que encarga la misa.

—Corriente; mande usted el recado y déme la respuesta.

—Volando.

Y el posadero me volvió lentamente la espalda, y más despacio aún le oí bajar las escaleras.

Media hora después todo estaba arreglado: á las seis en punto de la mañana siguiente, en la ermita de Nuestra Señora de la Cabeza, patrona del pueblo, se diría la misa.

Salí al amanecer de la posada camino del modesto santuario, que ya con las vibrantes voces de su esquiloncillo me llamaba, y por ellas guiado, tomé una vereda limitada por dos filas de frondosos álamos negros, entre cuyo follaje se

daban los buenos días gorriones, jilgueros y chamarices.

Iba yo muy ufano y erguido, como diciendo: «¡He madrugado!» pues ya se sabe que los que no tienen costumbre de hacerlo se sienten orgullosos cuando por excepción asisten á una alborada.

—¡Es indudable!—exclamaba para mis adentros.—El día se levanta en las grandes ciudades desmadejado, triste, como una meretriz después de la orgía ó como el jugador que acaba de dejarse en el tapete, con la fortuna de sus hijos, su propia honra; pero aquí, aquí abre los ojos como un niño en la cuna acariciado por los besos de su madre. ¡Qué diferencia en todo!

En Madrid, cuatro flores raquíticas en tiestos sujetos entre los hierros de un balcón oscuro y polvoriento ó praderas uniformes esquiladas como perros de aguas por los jardineros del Municipio.

Aquí bardales y tapias cubiertas de caprichosas enredaderas; las *ruinas* luciendo los atavíos de sus modestas florecillas moradas; el lirio retratando con el junco sus agudas hojas en el cristal del arroyo; las amapolas en los sembrados, con una gota de rocío próxima á evaporarse entre los aterciopelados pétalos de su encendida corola; el cardo en los yermos, *la punzadora pita* junto á la cuneta del camino y malvas y jaramagos en las grietas de los paredones, creciendo viciosos y alegres como el granuja en medio de la calle.

Allá en la corte, á tales horas, las burras de leche, botica ambulante; el manguero de la villa, que en un santiamén propina al madrugador una ducha intempestiva, y el tren de limpieza, con escobas y palas, levantando espesísimas nubes de basura en polvo.

Aquí el labriego, rebosando salud y alegría, camina tras el borriquillo del hato y entona un cantar que él mismo compuso, interrumpido por tremendo vardascazo ó típica interjección si la confiada bestia se detiene á despuntar las hortelizas indiscretas que asomaron al camino. El diligente hortelano, desnudo de pie y pierna, deshace en parte con la brillante azada el camellón. El agua, que rebosa de la acequia, se precipita entonces turbia, espumosa y fresca por las

eras del melonar, arrollando primero la seca hojarasca, que con la grama arrancada de cuajo cruje de rabia, é inundando luego, libre de enojosas trabas, los verdes tallos, las flores de oro y las anchas hojas que sirven de toldo á la fruta acostada en su blando lecho, y pletórica de olorosos y dulcísimos jugos.

En vez de la codorniz sencilla que en los Madriles da cinco golpes con el pico por los mañanitas y cincuenta con la sesera en el techo de su mezquina cárcel, aquí la alondra alza al despuntar el día el vuelo y el canto, subiendo de diapasón á medida que se remonta, hasta que cansada va á posarse en la cúspide de los terrenos calcinados. No hay que temer que nos atufe el humo oleoso de los puestos de churros, no; aquí *la chimenea campesina* difunde su penacho gris por el azul de la atmósfera, oliendo á retama. La mazorca agita su plumero al blando impulso de la brisa matinal, con más orgullo que caballo en carroza de gala, y el toronjil, el mastuerzo, el hinojo, el cantueso, el tomillo y el espliego se disputan la supremacía de embalsamar el aire con esencias que no ha sabido aún extraer el más hábil perfumista.

Embebido en estas y otras consideraciones llegué á la ermita, y por Dios que me sorprendió su aspecto exterior y recordé la catedral que dijo el albéitar. Tenía el humilde santuario sus pretensioncillas arquitectónicas. Dos hermosos plátanos orientales daban sombra al pórtico, y á los lados de la iglesia, propiamente dicha, se alzaban las casitas del cura y del sacristán, protegidas ambas por viejos emparados.

Todo era limpio y sencillo en aquel santo lugar; hasta la cera que ardía chisporroteando á los pies de la Patrona me olió á romero.

Tres ó cuatro viejas rezaban en voz alta y suspiraban desahoradamente.

Al fin sonó el tercer toque á misa; se abrió una puertecilla junto al altar mayor y vi salir al monaguillo con el misal recostado en la sangría del brazo izquierdo, y palmatoria, vinajeras y campanilla, todo de brillante azófar. Las beatas, hasta entonces sentadas, se incorporaron y subieron el

diapasón de sus rezos, monótonos y fríos como el chorro de una fuente serrana.

Era que el monago descorría la cortina de damasco rojo que ocultaba la venerable efigie de la Patrona. Entonces, con mesurado y firme paso, las manos juntas y la cabeza inclinada sobre el pecho, apareció el padre Alfredo.

Al verle no pude contener un grito, que cortó un momento los rezos de las beatas é hizo volver la cabeza al monaguillo.

Como las gotas de rocío se parecen á las lágrimas, el cura de Retamales, para quien hasta la lengua viperina del albéitar tuvo elogios, se asemejaba á Alfredo Chacón, íntimo amigo de mis mocedades, arrogante oficial de ingenieros que había desaparecido de Madrid, misteriosamente, años atrás.

Alfredo, en los días de nuestra amistad, era rico sin ser millonario, elegante sin afeminación, desprendido sin rayar en manirroto, bravo sin arrogancia. No era curioso; nunca murmuraba, y si en su presencia se hacía, no desplegaba los labios.

Tenía gran partido entre las mujeres por las cualidades referidas, realzadas por su hermosa figura; mas no daba asunto, sin embargo, para ninguna de esas escenas escandalosas en que los hombres de mundo fundan su reputación de conquistadores. El—según su misma frase—no cazaba en vedado ni con engaños ni arterías.

El Marqués de Monturque y yo éramos sus amigos más íntimos. Con otros varios nos reuníamos diariamente en Fornos después de los teatros y tertulias de primera hora. Una noche, vestido de uniforme porque *estaba de semana*, se presentó en el café el capitán Chacón. Con ser grande la fuerza de voluntad de aquel hombre, todos conocimos que algo grave le sucedía. Esquivando nuestra inoportuna curiosidad, habló de mil cosas aturdidamente, complaciéndose en referir los días de su niñez, pasada en Egipto, adonde aficiones arqueológicas llevaron á su padre. De la patria de los Faraones nos contó maravillas y hasta llegó á hacernos reir, asegurando que un viejo *fellah* le había enseñado el lenguaje de las aves.

—Burlaos cuanto queráis—decía;—orgullosos con la mezquina ciencia de esta vieja Europa, no comprendéis que haya hombres que, en continuo contacto con la naturaleza, consigan robarle sus misteriosos secretos. Aquel *fellah* traducía de corrido los agudos gritos de la golondrina, tipo de la buena madre, industriosa y dotada de profundo espíritu religioso. Descifraba el melodioso canto del ruiseñor, tenor de las selvas, para quien la libertad es la vida. Sabía lo que dice el gorrión, ese granuja tan desconfiado y sufrido, que resiste lo mismo el granizo de Enero que el sol abrasador de Agosto. No era extraño á la filosofía de la cigüeña que, posada en el alto campanario, deja pasar hora tras hora buscando la solución de los grandes problemas. Explicaba por qué la alondra fuerza las notas de su canto á medida que remonta el vuelo, y hay tan honda tristeza en el arrullo de la tórtola.

—Todo eso son majaderías, y tan estúpido es creerlas como convenir en que eres un caballero—dijo detrás de Alfredo el Marqués de Monturque, que acababa de llegar y acercarse á él calladamente.

El capitán, al oír tan tremendo exabrupto, se puso pálido como un cirio, y como si hubiera sentido la picadura de una víbora, saltó de la silla.

Implacable el aristócrata, mirándole cara á cara, añadió con odio reconcentrado:

—Cobarde, vengo á cumplirte mi promesa; á los canallas como tú se les trata así...

Y dió á Alfredo una bofetada. Doblóse éste como la robusta encina al empuje del huracán, lanzó un rugido de tigre, y asiendo por el cogote una botella, la esgrimió sobre la cabeza del Marqués; pero una sonrisa angustiosa contrajo sus labios y su brazo hercúleo cayó desmayado sobre el mármol de la mesa, donde se hizo añicos el cristal. Prodújose en el café una confusión indescriptible, mientras que nosotros separáramos á los contendientes.

—El Marqués de Monturque tiene razón para afrentarme, y yo desafío desde este momento á cualquiera que se la niegue.

Así dijo Alfredo en voz alta, midiendo cada palabra, y erguido, imponente, derramando una mirada de supremo desprecio sobre la multitud que le abría paso, salió á la calle.

Jamás pudimos averiguar la causa de aquella escena. El capitán Chacón no se batió con el Marqués; pidió al otro día la licencia absoluta, y sin despedirse de nadie, desapareció de Madrid.

Calcúlese ahora cuán grande sería mi sorpresa al notar el parecido entre aquel oficial y el cura de Retamales.

Cada vez que éste se volvía hacia el pueblo, tomaban más cuerpo mis sospechas.

Concluyó la misa; el sacerdote, ya de manteos, salió de nuevo á la iglesia y oró un buen rato de rodillas; se levantó, por último, y sonriente se vino á mí.

Un instante después, en la alameda que muere en la ermita, caía Alfredo en mis brazos llorando como un niño.

Aquella tarde, al toque de oraciones, estábamos asomados al balcón de su casa.

Los que cruzaban bajo el balcón saludaban al cura con tanto cariño como respeto.

—Muy buenas tardes, señor cura y la compañía.

—Adiós, Juanillo; y tu madre, ¿anda mejor?

—Sí, señor; no tiene comparanza lo mucho que le aprovecha la medicina que su mercé le mercó.

—Con Dios, padre Alfredo y la compañía.

—Él vaya contigo, muchacha; y ese picarón de Pedro, ¿escribe?

—Esta mañana recibí carta y no la truje pa que su mercé me la lea por.....

—Tráela sin reparo, chiquilla; este señor es como un hermano mío.

—Mañana mismito.

Y así por el estilo. Todos tenían algo que agradecer á Alfredo.

La calle quedó al fin solitaria; á lo lejos se escuchaban los cantos de los grillos cebolleros, el tristísimo de un cuco posado en las primeras alamedas, el gargajeo de las ranas y la bandurria del barbero, que, punteada con primor, parecía

acompañar alguna que otra copla de los lejanos viandantes.

Las estrellas comenzaron á lucir, y la luna bañó con su tibia y cariñosa luz el campanario de la iglesia, revestido de azulejos, la techumbre de una casa destartada blanca y uniforme y la ahumada chimenea de una fábrica establecida en viejísimo palacio que conservaba aún en el esquinazo principal un grande escudo desportillado. Por último, al dar las diez no quedaba alma viviente en la plaza de Retamales. Alfredo arrimó entonces su silla á la mía, y comenzó á hablar de esta manera:

—«Ha sonado la hora de las confidencias: vas á saber mi secreto. Los Marqueses de Monturque han muerto; el mundo que me juzgó tan severamente los ha juzgado también: que el Juez de los jueces haya sido con ellos más benigno que la sociedad.

Félix tiró hasta el último maravedí de su pingüe fortuna después de agotar su salud. Isabel, sola en el mundo, necesitaba dar alimento á su alma sedienta de amor. Buscó la satisfacción de esa suprema necesidad abandonando el camino real, yendo por el atajo como viajero impaciente, y dió el primer tropiezo, que en las mujeres suele ser caída de la que rara vez se levantan. Empañado el cristal de su honra, se manchó luego y se hizo añicos al fin.

Sembró la infeliz en mala tierra y hubo de cosechar necesariamente deshonra y miseria, únicas herencias que ha legado á su pobre hijo. Fué el matrimonio de los Marqueses de Monturque una *boda de conveniencia*. Félix consideró siempre á su mujer como un objeto más de lujo que satisfacía su vanidad de hombre de mundo. Isabel se unió á Félix por llevar los pañuelos marcados con una corona, por tener carruaje y abono en el Real. ¿Qué podía esperarse de semejante consorcio?

Yo tampoco había amado nunca, cuando la encontré en mi camino y me cerró el paso; me miré un momento en el límpido cristal de sus ojos azules y allí vi retratados todos y cada uno de mis sueños. Pero mi felicidad, mi ilusión duró lo que una sonrisa. Yo era amigo de Félix, que se interponía entre nosotros como un abismo. Cuando el amor es imposi-

ble, porque el deber así lo ordena, el verdadero valor se demuestra huyendo.

Fuí cobarde; yo creía poder contentarme con verla, con rendirle culto en el fondo de mi alma. No soñé tan siquiera con la correspondencia, y juré por la santa memoria de mi madre no dar á conocer mi pasión ni faltar á la amistad que me unía con Félix. Éste, como fatalmente sucede en casos análogos, sin darse cuenta de ello, se empeñaba en empujarme hacia Isabel. Ella, herida por mi calculado desvío, me asediaba con sus halagos. Era la única persona que había adivinado mi cariño. «Las miradas son la gran arma de la coquetería femenina», ha dicho Alfonso Karr. «Todo se puede expresar con una mirada, y, sin embargo, siempre se puede negar lo que se ha dicho, porque no hay quien repita una mirada textualmente.»

Isabel me había dicho muchas veces con sus ojos: «Estoy abandonada; mi marido me deja por el tapete verde; sé que me quieres, podemos ser felices; desecha tus preocupaciones; tú no me precipitas; soy yo la que estoy dispuesta á caer en tus brazos».

El amor tiene algo de la sombra que proyecta nuestro propio cuerpo: al perseguirla se aleja, al huir de ella nos persigue.

Isabel había llegado á convertirse en mi sombra.

Estábamos solos una tarde, veinticuatro horas antes de la escena que presenciaste en Fornos. Félix me había convidado á jugar una partida de carambolas en su casa; pero interesado en una del treinta y cuarenta en el Casino, no fué exacto á la cita.

La Marquesa bordaba cerca de un balcón, aprovechando la luz ya mortecina del día. Yo me entretenía en hojear un álbum de Garvani. La conversación, después de girar sobre espectáculos, modas, crónica escandalosa, etc., etc., se había agotado.

Yo temblaba de pies á cabeza, como pajarillo que presiente la tormenta cercana. Ella alzaba de vez en cuando los ojos del bastidor y me envolvía en el fuego de su mirada.

Las vidrieras estaban abiertas de par en par; sobre los hierros del balcón vino á posarse una pareja de golondrinas.

—Cuénteme usted algo, hombre de Dios... La verdad es que está usted poco entretenido. Á propósito: me han asegurado que usted comprende el lenguaje de las aves. Vamos á ver, ¿qué se dicen ahora esas golondrinas?

No podía verlas desde mi sitio, y tuve que acercar mi silla á la de Isabel.

—Se dicen, se dicen...

—Sí; que el hombre es necio cuando tiene la felicidad al alcance de la mano y no se atreve á cogerla.

—Y ¿qué es la felicidad, Marquesa?—repuse, queriendo parar el golpe.

—Isabel..... ya le he dicho á usted mil veces que me llame por mi nombre de pila.

—Pues bien, Isabel; la felicidad es una mariposa aprisionada entre las manos de un niño: cuando éste pretende recrearse con los preciosos matices de las alas, el insecto recobra su libertad, dejando en la cárcel unos átomos de dorado polvo y dos lágrimas en las pupilas del cazador.

—¿Aprendió usted todo eso en Egipto á la sombra de alguna palmera solitaria? ¡En gracia de Dios, si está usted poético! Y ya que de mariposas se habla, dígame, ¿qué le parece ésta que estoy bordando? ¡Acérquese usted más!

Y me acerqué..... ella me miraba con sus ojazos azules, que parecían dos zafiros en ascuas; su aliento oreó mi rostro..... y bajo, muy bajo, me dijo:

—¡Tonto... tonto... tonto!...

.....

.....

Mis labios tocaron su frente.

La Marquesa dió un grito, se puso en pie, dejando caer el bastidor, y en un tono lleno de desprecio y altivez, me gritó:

—*¡Infame!*

Félix estaba detrás de mí, sonriendo como un condenado. Yo no había podido verle llegar, porque me encontraba de espaldas á la puerta del salón. Ella lo había visto en la

luna de un espejo frontero, y tuvo tiempo para reponerse y salvarse.

«No es ocasión de amar cuando han necesidad de morir», ha dicho Corneille.

Excuso referirte al pormenor las explicaciones que mediaron entre Félix y yo.

Aceptando, como era natural, toda la responsabilidad del caso, recordé mi juramento, mejor dicho, formulé otro en aquel instante. Yo no debía batirme con Félix; yo era más fuerte, más ágil. Tú sabes que manejo ó manejaba bien todas las armas.

¿No hubiera sido infame asesinar al marido después de haberlo ultrajado?

El mundo, sin embargo, me despreció porque después de ladrón no fuí asesino.

Félix me insultó inútilmente, y cuando le confesé mi irrevocable resolución de no batirme, me dijo rechinando los dientes:

—Está bien; te buscaré, y en donde quiera que te encuentre te escupiré á la cara... ladrón... sal de mi casa y agrádeceme que no mande á mis criados echarte á palos.

Poco después ocurrió en Fornos la escena de que fuiste testigo.

Perdida mi carrera, rebajado en el concepto que merecía á mis amigos y compañeros, muerto mi espíritu, salí de Madrid sin saber adónde. El único individuo de mi familia que vivía era mi tío Vicente, cura de este pueblo, á quien no había visto en muchos años. Su casa fué mi refugio. Á su lado encontré paz y consuelo.

—¿Qué te importan los hombres?—me decía el buen anciano.—La vida, hijo mío, es un viaje corto en una mala calesa por medio de un pedregal. Dios sabrá apreciar tu sacrificio. Eres rico, eres joven: ¿quién te dice que no puedas encontrar por esos mundos una mujer honrada y cristiana que apague con sus castas caricias el fuego que te consume?

—No, tío—respondía yo;—¿qué resta en la colmena cuando le roban sus mieles? El amor... el amor de la tierra es un veneno nauseabundo rebozado con almíbar.

—Tienes gran caudal de conocimientos; viaja, auméntalos, créate un nombre, enamora á la ciencia, cúbrete de gloria.

—La gloria, tío, es mujer como Isabel; reina del humo y las cenizas, sobre ellos asienta su trono.

—Pues quédate conmigo; yo tengo algunos libros, compra tú más; estudia y escribe pintando tus propios sentimientos: en tu primera juventud eras dado á hacer versos. ¡Aquí la naturaleza es tan hermosa!

—Veremos... veremos—respondía yo.

Así pasaron dos años; mi tío, cediendo á mis ruegos, sin explicarse mi capricho—es verdad que yo tampoco me lo explicaba,—me había enseñado latín, teología y moral. El pobre anciano aseguraba que mis progresos en todas estas ciencias, de haberlos conocido, hubieran admirado al Obispo de la diócesis. Yo no me trataba con nadie en el pueblo. Iba á cazar solo ó con un zagalón sobrino del sacristán. Paseaba á caballo y leía mucho. En cuanto á escribir, en aquellos dos años jamás cogí una pluma. Tampoco pasé la vista por un periódico en ese tiempo. Todas las noticias que tengo sobre los Marqueses de Monturque y sobre muchos de vosotros las adquirí siendo ya sacerdote. Antes de morir aquella desdichada, que averiguó no sé cómo mi paradero, me escribió recomendándome á su hijo, que hoy está en la Academia de Guadalajara.

Sigo con mi historia. Ten paciencia, que se acerca el momento de que sepas por qué soy sacerdote y por qué soy dichoso.

Una tarde, aniversario precisamente de aquella en que el amor de Isabel me hizo olvidar mis juramentos, me encontraba en este mismo balcón apoyado de codos en la barandilla y con la mirada errando por el cielo. Recordaba mi dichosa niñez; recordaba aquel país legendario, á la sombra de cuyas severas pirámides, soberbios templos y ruinosos palacios, el viejo *fellah* me contaba hermosos cuentos ó me traducía el lenguaje de la cigüeña, y, por último, recordaba también á mi padre saltando de alegría como un niño porque había descifrado un difícil jeroglífico ó descubierto un

curioso papyrus ó adquirido por dos ochavos un arma ó una joya rara.

Era día de romería en Retamales; la muchedumbre agolpábase á la ermita; mi tío predicaba en ella. Jamás me he visto más solo.

El recuerdo de Isabel, adormecido en el fondo de mi alma, rara vez se despertaba, y cuando esto sucedía podía yo compararlo á los amagos de dolor que el cambio de tiempo produce en una herida cicatrizada.

La atmósfera era tibia, llena de halagos como las caricias de una madre.

El mes de Abril, ese regocijado heraldo de la primavera, lucía todas sus galas; en el cielo limpio, sereno, de un azul pálido, asomaban ya las estrellas.

De pronto vi en el horizonte dos puntitos negros que avanzaban.

Un instante más, aquellos puntos se prolongaron y llegaron al fin, hendiendo el aire como flechas, al recinto de la plaza.

Era la primer pareja de golondrinas.

Mis recuerdos se despertaron por completo: sentí en el corazón como un alfilerazo; me retiré de la ventana y caí en una silla con la cabeza entre las manos.

Las enamoradas avecillas iban y venían describiendo anchos círculos por la plaza, y dando agudos gritos, se remontaban unas veces hasta perderse de vista y llegaban otras á rizar con sus alas el tranquilo cristal de la fuente. Después iban á reconocer la cornisa de ese caserón blanco, donde vive el cacique del pueblo, jornalero enriquecido por malas artes. Se posaban un instante sobre los hierros del balcón grande, y luego huían como amedrentadas. Muchas veces intentaron acercarse al que fué palacio y hoy es fábrica; pero ya por temor al humo denso que despedía la chimenea, ó ya porque las ensordeciese el silbar del vapor, no tocaron jamás los muros ennegrecidos.

Rendidas, al cabo, vinieron á posarse á la barandilla de este balcón. Hiciéronse algunas caricias con el pico, luego plegaron las alas, dejaron caer la cola tristemente y se pu-

sieron tan juntas, que sus cuerpos, en forma de ovillo, parecían uno solo.

Se me figuró que las golondrinas se hablaban y abrí las vidrieras para oirlas.

El macho decía á su amada:

—«Ríete cuanto quieras; si yo no lo oí con los oídos de la carne, lo escuché de boca de mi ilusión ó como un eco de mi pensamiento.» —«Es inútil intentarlo, vida mía; cuando Juan Pérez era un pobre labriego y su casa una choza, mis padres colgaron en la techumbre su nido de amores. Hoy la choza es casi palacio, y no hay en sus paredes musgosas grietas, ni en sus ventanas salientes tejadillos; mira, hasta el alero está recortado al ras de la fachada, en la que no se ve un desconchado ni un jaramago; nada que recuerde otros tiempos. ¿Crees tú, inocentona, que nos dejarían ensuciar con lodo y grazna esos muros de nieve? No lo dudes; con una mala escoba demolería la fregona nuestro santo hogar, apenas acabara yo de darle la última mano. *No sirvas á quien sirvió, ni pidas á quien pidió.* No hay soberbia comparable á la del reptil que, arrastrándose, trepa á la montaña. Es raro que tenga caridad quien necesitó implorarla ó quien no la tuvo cuando se abría camino por el mundo, sin más fe que la ambición y sin otra esperanza que la de adquirir de cualquier modo.

—«¿Y en la fábrica?»—repuso tímidamente la hembra picoteándose la pechuga como si tratase de esquivar la mirada de su compañero.

—«La fábrica fué palacio. En él vivió un mayorazgo muy caritativo y liberal, pero ignorante y perezoso, cuyo escudo es aquel que viste desportillado en aquel esquinazo. Apegado en demasía á sus pergaminos y rancias preocupaciones, D. Gonzalo de Cifuentes se estancó despreciando los adelantos del siglo y quejándose de su suerte, sin tratar de remediarla. Al fin murió ignorado y pobre, pero sin dejar enemigos, aunque había hecho mucho bien.

»Juan Pérez heredó á D. Gonzalo. Le había prestado algún dinero (dinero que el mayorazgo repartió entre los jornaleros el año del hambre), y capital y réditos montaban ya

más que los bienes del noble, que fueron adjudicados al usurero.

»Este, en el viejo palacio, montó esa fábrica de papel de estraza, del cual la mayor parte se hizo en un principio con los legajos del viejo archivo de D. Gonzalo. El palacio, antes tan silencioso, tan pacífico, parece ahora un infierno; las flores del jardín se secaron ó han sido arrancadas, la fuente corre turbia, los gorriones huyeron de los patios y sobrados, dejando su plaza á los murciélagos, y los nidos de nuestras hermanas parecen pedazos de carbón adheridos al muro, que trepida al poderoso empuje del vapor. Tú, tan sensible, tan nerviosa, ¿podrías escuchar tranquila el silbido de la máquina? ¿No te horrorizarías cuando el humo grasiento y negro manchase tu nevada pechuga, bajo la cual han de guarecerse nuestros hijuelos?

»Al abrigo de este techo ya no se escuchan los alegres cantares de otros días, porque el obrero no trabaja resignado con su suerte, esperando premio y descanso en otro mundo mejor. Le han enseñado que es igual al amo, y le aborrece porque se considera su esclavo. Le han dicho: «¡Tú puedes volar, vuela!» pero no le dieron alas como á nosotras. Le robaron la fe y no le dejaron nada en cambio. Nosotros somos la tradición, lo que pasó, la poesía; nada, en fin, ante lo positivo. ¿Has visto, amada mía, que el labrador, al desgarrar con el arado las entrañas de la tierra, respete las florecillas donde la industriosa abeja cosecha sus mieles? Pues algo semejante hace el progreso de *doublé* con los recuerdos.

—»¿Quién te enseñó todo eso?—interrumpió la hembra, que alargaba el cuello mirando asombrada á su amado.

—»Una vieja cigüeña que anidaba en las ruinas de Karnak, en Tebas, grande amiga de mi madre y vecina suya durante los veranos en este pueblo.

—»¿Y qué vamos á hacer? Es preciso buscar albergue para nuestros hijos.

—»No sé, amor mío, aguardemos á que amanezca; Dios nos protegerá, no puede abandonarnos. Duérmete, que bien necesitas descanso después de tan largo viaje; duerme, dulce compañera, duerme, que yo velaré tu sueño.»

Callaron las aves un momento. La luna, oculta hasta entonces tras las nubes, bañó de pronto con su pálida luz el campanario de la iglesia, arrancando metálicos reflejos á los azulejos que lo revisten.

La hembra lanzó un grito de júbilo, batió las alas, describió un rápido círculo en el aire y vino á posarse de nuevo cerca de su compañero, que la miraba absorto creyendo sin duda que se había vuelto loca.

Entonces ella le dió tres ó cuatro picotazos, diciéndole muy bajito:

—¡Tonto..... tonto..... tonto!.....

.....
Me pareció estar escuchando á Isabel la tarde que se decidió mi suerte.

—«Mira—prosiguió la hembra,—allí, bajo los brazos de la cruz, siempre abiertos, en la que el rayo y la tempestad se estrellan hace siglos sin lograr abatirla nunca, sobra sitio á todas horas para colgar nuestro nido de amores, la cuna de mis hijos. Allí hay jaramagos, allí hay recuerdos, allí no seremos la flor que arranca el arado. Allí, en vez de estridentes silbidos, oiremos la campana que saluda con cariño á los que vienen al mundo y despide llorando á los que vuelven á la tierra. Hasta allí no sube más humo que el del incienso, ni otras voces que la palabra divina, ni otros ruidos que las armonías del órgano á cuyo plácido son se dormirán nuestros pequeñuelos. No nos arrojarán del campanario á escobazos. ¿Verdad que no?»

—«¡Bendita seas, esposa de mi alma! ¿Qué vale mi filosofía al lado de tu sentimiento? ¡Benditas seas!»

Y las golondrinas volaron hacia el campanario, á cuya sombra mi alma también ha encontrado su nido.

Me ordené, y á poco subió al cielo mi pobre tío Vicente.

Algunos meses después lo sustituí, aunque no he podido reemplazarlo.»

Cuando Alfredo terminó su historia, después de recordar los días de nuestra juventud, le dije:

—Me olvidaba preguntarte cómo se llama y dónde vive el

pobre á quien debo dar el estipendio de la misa, conforme tienes establecido.

—Mi amigo pareció turbarse; noté que se ruborizaba, y acabó por decirme:

—Pues hijo, dámelo á mí. Si no, la mujer del sacristán, que me sirve de cocinera, no podrá mañana darnos de almorzar. Hoy esperaba dinero... y como no ha venido, estoy sin un cuarto, y en esta casa no hay despensa ni bodega. Almorzaremos con una peseta, y luego te llevaré á repartir las cuatro restantes entre los hijos del albéitar, que van descalzos, porque su padre se juega hasta la camisa en la taberna; así podrán comprar unas alpargatillas. Adiós, que pases buena noche.

Bien puedo jurar que no ha corrido para mí otra más sosegada que la en que dormí en el mezquino lecho del cura de Retamales.

EL CONDE DE LAS NAVAS.





LA VERDAD DEMOSTRADA

DISCUSIÓN DE LOS PRESUPUESTOS DE 1895-96

INTRODUCCIÓN

La importancia que tiene para España cuanto se relaciona con el orden económico; la pesadumbre que siente el país, causada por los presupuestos del Estado; lo difícil que es desarraigar males inveterados, males que existieron cuando imperaba el régimen absolutista, que han predominado con el régimen constitucional y que predominan promulgada gran parte de la legislación democrática, siendo apremiante divulgar por España la verdad de lo sucedido en los últimos treinta años para que sean conocidas las causas y vaya aficionándose la opinión á poner remedio al mal, si no quieren los españoles que se acabe con su país; hallándose éste necesitado de remedios urgentes con los que se eviten fracasos, como la discusión de las reformas para la isla de Cuba, como los desórdenes que determinaron la salida del *poder* de un partido político y la entrada en él de otro, como situaciones análogas parlamentarias, como desencantos traídos por haber postergado la economía á la política, que ésta, en el caso presente, aparece como entidad despilfarradora, incorregible

en sus pasiones, sin más novedad que variar de nombre la política española.

Pues reorganizaciones repetidas han tenido los Ministerios de la Gobernación y de Fomento, que por cierto no han respondido al nombre recibido cuando su creación; reorganizaciones se han hecho en los Ministerios de Guerra y de Marina, y su administración deja constantemente mucho que desear; reorganizaciones han sufrido los Ministerios de Gracia y Justicia y de Hacienda, sin conseguirse por esto las ventajas apetecidas. Y en cuanto al presupuesto de ingresos, se acumulan en él invenciones *diabólicas* por hombres que se dicen poseídos del *santo temor de Dios*. Para demostrar que esto no es cierto, con la brevedad posible, vamos á dar á conocer, á manera de síntesis, los absurdos, contradicciones, planes contraproducentes, y á veces apasionamientos que merecen castigos duros, por los ultrajes inferidos á la Patria por algunos de sus hijos que son llamados *esclarecidos varones*.

Todo corroborado por el plan, tendencias que manifiesta, correctivos que quiere poner, el mismo presupuesto que se desea rija en el año económico de 1895-96. Sí, está corroborado que el principio de justicia, la práctica de libertad, el conocimiento de las leyes de la riqueza, el respeto debido al fruto que da el trabajo individual, la acción eficaz de la fuerza corporativa para conseguir bienestar material, los fueros de la moral que deben ser siempre considerados con respeto, las tempestades políticas hundan todo eso en el abismo, como al abismo ha ido el *Reina Regente*; una hecatombe más entre las muchas que cuentan nuestros airados gobernantes.

PAGOS

I

GOBERNACIÓN

El presupuesto del Ministerio de la Gobernación importa 27 millones, que están distribuídos 18 en el servicio de comunicaciones y 9 en los demás servicios, sin incluir lo que

cuesta el mantenimiento de la Guardia civil; de modo que el presupuesto político queda reducido en puridad de verdad á nueve millones.

Si la política española, esto es, si sus desaciertos no costasen más que eso, ciertamente que podrían los españoles darse por contentos del precio que cuestan los escarceos, asechanzas, bajas pasiones, errores de bulto, exclusivismos de parcialidad, exigencias electorales, negocios de obras públicas y ejemplos depravados.

En cierto sentido corrección ha tenido la mala tendencia, pero así y todo, ¡queda tanto por hacer! que la labor tendrá que ser larga, costosa, y no siempre se verán triunfantes los defensores de la buena causa.

El Sr. Becerro de Bengoa, con frase gráfica y á manera de eco, ha reproducido ante el Parlamento la crítica que se hace constantemente del Ministerio de la Gobernación. Allí se lamenta que no sea una verdadera carrera profesional nuestro Ministerio de la Gobernación, en un país donde el derecho administrativo tiene tanta preponderancia y tan poderosa influencia; como que invade el terreno propio del derecho civil, hasta el punto de arrollar muchas veces todas las preeminencias que corresponden al último, en la vida privada como en la vida pública; trayendo con esto la perturbación consiguiente á una sociedad en la que rige todo lo contrario que pueda convenirle; cuanto daña á la moral, impide la instrucción, acaba con el estímulo, niega la recompensa y, en una palabra, posterga la libertad, la justicia y los pensamientos nobles á exigencias de un determinado partido político; que á veces son avasalladoras, al punto de estrujar hasta llegar á dejar seca toda fecundidad que pudiera servir con gran eficacia al enaltecimiento del municipio, á la autonomía de la provincia y á la prosperidad de la región.

Porque no es cosa baladí la diferencia que resulta de gobernar bien á gobernar mal. Y razón se tiene al sostener, como ha hecho Bengoa, que el presupuesto de Gobernación no se mejora bastante con la reorganización de los servicios, sino con la reforma completa en sentido descentralizador,

mande quien mande; que una cosa son los derechos políticos, otorgados con más ó menos amplitud, y otra cosa es el modo de usar de esos derechos, que debe existir por igual, con toda libertad, con sólida garantía y verdadero patriotismo.

En un detalle se fija Bengoa que tiene verdadera importancia, por ser una prueba *plástica* del mal arreglo, por no decir mala vida, que se da al funcionario público en el Ministerio de la Gobernación y á los españoles en general. Ese Ministerio y los Gobiernos civiles tienen á veces visos de un palacio; pero por dentro es una verdadera vergüenza y una calamidad para la Nación lo que pasa. Aquellos pasillos horribles, aquellas catacumbas en donde está instalada, por ejemplo, la Dirección de Política; aquellos patios, aquella bodega en donde se vende la *Gaceta de Madrid*, (que deja muy buenos rendimientos al Estado); aquel aspecto triste que presenta el Ministerio de la Gobernación, es el mismo aspecto que presentan la mayor parte de los Gobiernos civiles en las provincias. Están alojados en viejos conventos, en casas alquiladas de malas condiciones higiénicas. Dentro de esos edificios se despachan los expedientes con retraso, cuando no se despachan mal por ignorancia, ó se despachan injustamente á sabiendas ó no se despachan nunca, según la influencia dominante, que lleva los derroteros del Ministerio de la Gobernación hoy á servir á un cacique, mañana á otro, cada uno con su personalidad propia excluyendo á las otras.

La <i>Gaceta</i> , que, como dice Bengoa, se vende en una bodega, cuesta su impresión.....	250.000 pesetas
produce su venta.....	493.000

Beneficio líquido.....	243.000.
------------------------	----------

Véase cómo trata el Estado á sus compradores de *Gaceta*; es un detalle por el que puede juzgarse lo que sucederá en todo aquello que no pueda apreciarse como en este caso concreto.

Se fija el Sr. Bengoa en decir que «el Gobernador civil, luego de cumplir el tiempo que necesita para la mejora de

»su sueldo y de su cesantía; después que ha dado satisfacción á las necesidades políticas que el Gobierno ha creído sentir en aquella provincia, se retira y desaparece para siempre». Y luego pregunta: ¿cuál es el principal carácter que tienen los funcionarios públicos en la democracia y en la república? Siendo la contestación favorable á demócratas y republicanos.

Mas ¡ay! que democracia y república por sí son como el mejor instrumento empleado por mal operador, que la operación resulta desacertada. Francia alardea de democrática y de republicana, y sin embargo, no por esto se puede ver libre de la lepra de la inmoralidad política. Tiene mejor administración que España, y á esto debe que sus imperfecciones sean menores; tiene más riqueza, con lo cual consigue atender mejor á sus necesidades; tiene más espíritu de laboriosidad ó más acierto en encontrar los medios de acumular riquezas, y con éstas tapa muchos despilfarros y encubre no pocos errores y reprensibles expansiones del instinto. Pero no vayamos por esto á incurrir en el extravío de pensar que la democracia ha de hacernos mejores de lo que somos, y que variando la forma de gobierno, *ipso facto* han de variar nuestras costumbres y hemos de ser mejor que lo venimos siendo; porque la lección había de ser dura.

Y la prueba de este aserto está en el mismo ejemplo puesto por el diputado alavés, citando la administración local modelo de las provincias vascas.

Allí, con libertades municipales, y si se quiere regionales, más que políticas; con un gran respeto á la tradición, robustecido por ésta el principio de autoridad, muy ordenadas las jerarquías, sencillas las costumbres, enaltecida la familia, la ambición reducida en sus límites, la creencia religiosa arraigada y el catolicismo imperante en la vida social toda de la región vasca; la libertad declarada santa para llegar con ella al apogeo de venerarla en el famoso árbol de Guernica. Nada de esto es lo que apadrina esa democracia moderna influída por la demagogia, aconsejada por el escepticismo, y que lleva al presupuesto del Estado desde lo alto los monopolios del capitalismo y desde la plebe las locuras

que bajo otra forma dieron origen á las guerras agrarias, á los horrores como efectos naturales de la revolución francesa y al socialismo nivelador implacable.

Los datos aducidos para demostrar la mala repartición del presupuesto de seguridad pública son una de tantas demostraciones del desbarajuste... con que está organizado el presupuesto del Estado.

El propio discurso del Sr. Bengoa apunta la idea de coincidir en parte determinado número de representantes, los unos monárquicos, los otros republicanos, al reconocer la necesidad de descentralizar la administración pública, y de modificar esencialmente la autoridad gubernativa y municipal, por lo que respecta á la persona que haya de desempeñar la función; reforma muy digna de ser estudiada, y que desde luego se afirma sobre ella que, hecha la reforma, podría haber un ahorro en el presupuesto de unos 6 millones próximamente.

Claro está que reformas de esta índole no pueden llevarse á cabo sin detenido estudio previo, hecho éste muy desinteresadamente. Lo mismo puede decirse respecto á Beneficencia pública, fundaciones piadosas, Correos y Telégrafos, todo ello destinado al servicio público.

Mas ocurre que el servicio público se entiende ó supedita á aquel otro servicio que se llama *elecciones*; elecciones municipales, provinciales, de diputados á Cortes, de senadores. Cuando estos acontecimientos políticos tienen lugar, se revuelve todo el ceno de la sociedad. Los candidatos y los partidos que los apoyan llevan un fin, dicen que tienen un ideal. Esto se asegura en la época presente, de tanto sentido positivista y de tan escasos entusiasmos. (Como que se da el caso de poner en ridículo el entusiasmo.) Así que, á la luz de la contradicción, se ve cómo andan divorciadas la opinión que prevalece en los partidos políticos y la opinión que sustentan las distintas clases sociales. Y todo esto se traduce en partidas de gastos en los presupuestos públicos, que á la vez imponen la necesidad de partidas en el presupuesto de ingresos.

Cuando se piensa en querer satisfacer á lo que pide la

opinión pública demandando economías, éstas se buscan en la retribución de míseros peatones, sin repararse en llegar hasta la inhumanidad, y sin tener para nada presente la estadística de lo que resulta demostrado, que la administración pública en España cuesta á cada habitante 30 pesetas, en Francia 24, en Inglaterra 10, en Prusia 15, en Suiza 6 céntimos. Datos son éstos interesantísimos y que hablan muy alto en favor de aquel sistema inglés, por el cual resulta que la tradición se modifica paulatina y experimentalmente, y que está reconocida la conveniencia de considerarse cargos honoríficos, y de deber ineludible, aquellos que sólo pueden estar desempeñados por ciudadanos que tengan con que responder á ellos por la elevada posición social que tengan en intereses y cultura.

No sucediendo así, tiene que acontecer como pasa en España con el presupuesto del ministerio de la Gobernación. El ejemplo de Suiza, que es muy digno de ser imitado, como constituye la excepción de la regla general, á ésta habrá que atenerse y ver de tomar de Inglaterra, que resulta ser para cada habitante la más barata en su presupuesto público, su sistema, implantándolo en España como mejor se pueda, venciendo dificultades y cuidando de no confundir las insuperables con las superables.

En la ya larga historia que cuenta el Ministerio de la Gobernación, se ve que empezó llamándose «Ministerio de la Gobernación del Reino», luego de Fomento, luego del Interior y volviendo á llamarse más tarde Ministerio de la Gobernación. La creación de este Ministerio obedeció á las necesidades de la profunda transformación, el tránsito del antiguo régimen al nuevo. Al tratar de levantar el poder civil enfrente del poder militar, del poder eclesiástico y del poder del fisco, se imponía la necesidad de crear un nuevo Ministerio que respondiera á la necesidad de establecer y dirigir las funciones de nuevas autoridades creadas en las provincias, que unas veces se llamaron Subdelegados de Fomento, otras Jefes políticos y después Gobernadores.

Son éstas palabras dirigidas por el Sr. Azcárate al Parlamento, como uno de los más dignos representantes de la Nación.

No cabe duda que la novedad se imponía, sólo que es lástima resulte hecha á nombre de la libertad y sea tan costosa al pueblo español, como ha demostrado el Sr. Bengoa. Parecía natural, y el patriotismo lo reclamaba, llevar al compás de las reformas la administración, por modo tal que las reformas no viniesen á pesar sobre el ciudadano español como carga abrumadora, para no tener que venir á reconocer que la libertad es más cara que el absolutismo, no habiendo necesidad de que suceda así, con sólo conseguir que sea la libertad *bien entendida*.

Por encima de todo resulta que el actual Ministerio de la Gobernación es más que nada un Ministerio político.

Por esto ha dicho el Sr. Azcárate que «es preciso apelar á uno de los medios que hay para resolver este problema, que, si es grave en otros países, lo es mucho más en el nuestro, y que se deriva del maridaje, en mal hora establecido, entre la administración y la política, por virtud del cual no acontece, como en otros pueblos más afortunados, que los cambios de política no implican ninguna modificación en las líneas generales de la administración, sino que cambian profundamente, y sobre todo, cambia el alto personal, desde que hemos descubierto que sólo en el hecho de ser diputado se tiene, y se tiene por desgracia, por la ley, capacidad y competencia para desempeñar toda clase de Direcciones y toda clase de Subsecretarías».

La crítica parlamentaria avanza hasta proponer, como medio de debilitar al Ministerio de la Gobernación (esto en el buen sentido de la frase), que Beneficencia pasara á Fomento y Comunicaciones á Hacienda, quedando en el Ministerio de la Gobernación Orden público, Sanidad y Administración local.

Basta con esta Dirección, según se halla establecida, para inficionar todo el cuerpo electoral, desde el momento que los Gobernadores se nombran arbitrariamente, se les inculca que no van á desempeñar sus cargos por espíritu de justicia, llevan la idea de hacer no ya política local, sino política parcial, que saben su reinado es efímero, su acción dependiente de la parcialidad que representan. La voz del deber se aca-

lla mucho para cumplir el compromiso que impone la situación política imperante, oyéndose en el Parlamento decir á los republicanos: peor que lo existente no cabe nada. Y con esto se hace alusión á verse confundidos los derechos administrativo, político y civil, con lo cual se recuerda el buen sentido con que fué dicha por Benjamín Constant aquella frase: «Es necesario introducir mucho federalismo en nuestra administración». Todo lo cual, esto es, tanto desacierto, se traduce en hechos representados por números, que significan otros tantos sacrificios pecuniarios hechos por el país.

Así es, en efecto, resultando los aumentos siguientes del año 1850 al año 1890-91:

23 por 100 el presupuesto de Gracia y Justicia.

63 por 100 el de Hacienda y los gastos de las contribuciones.

89 por 100 el de Guerra.

91 por 100 el de Estado.

140 por 100 el de los Cuerpos Colegisladores.

144 por 100 el de Gobernación.

Y como quiera que éste sea el departamento ministerial más político; como quiera que lo político es lo que priva, llevando su acción á lo más sagrado de la vida, que es la familia, sobre todo, déjase sentir su influencia con más frecuencia que desde ningún otro departamento ministerial, por ser la acción suya más á diario, y porque es muy doloroso ver cómo los mismos conciudadanos, por medio de la ley de Ayuntamientos, imponen vejamen sobre vejamen, pesando como ninguno el impuesto de consumos, ó por medio de la ley de Diputaciones provinciales, que da medios para abusar de las leyes de Obras públicas; y no se diga á cuántos abusos se presta la ley de Beneficencia, que después de todo resulta avasalladora, cuando no aparece aplicando el despojo, como consecuencia de la *desamortización*; la *desamortización*, que cuando no ha sido torpe ha resultado inmoral, cuando no ha sido contraproducente ha dado por resultado tener que sufrir mayores daños las clases más necesitadas.

Esos aumentos del presupuesto del Estado, estudiados por lo que puede compararse entre gastos de material y gastos

de personal, también resultan incomprensibles (para evitar darles otro calificativo); pero es lo cierto que resultan oscilando entre 18 y 25 por 100, siendo en el Ministerio de la Gobernación la proporción entre personal y material el gasto de este último concepto de 41 por 100. De donde se ve claro que este Ministerio es la especialidad para gastos de material; y eso que el personal, sólo el servicio de seguridad y de vigilancia cuesta en Madrid más de dos millones de pesetas, para que resulte en la realidad que en Madrid se vaya con inseguridad por las calles, sobre todo de noche, y mucho más en apartándose del centro de la población.

Forzoso había de ser que lo que sucede en el Ministerio de la Gobernación en vigilancia y material, que la misma organización defectuosa tuviera la Dirección de Comunicaciones, donde no habiendo hecho la creación autónoma, la organización y su desarrollo no ha podido serlo, notándose allí también cómo la política influye deletéreamente. Pues lo grave que tiene todo esto es que, cuando un presupuesto público de gastos está mal aplicado, su influencia favorable no traspasa los límites de lo parcial, no llega á favorecer la totalidad de los ciudadanos, que es precisamente lo esencial que debe buscarse, encontrar en todo presupuesto público, á la manera que en el presupuesto particular de carácter familiar, si el gasto se hace, pero concretado á determinada persona de la familia, para las demás no alcanza el beneficio, y lo que falte de éste es un perjuicio que sufren las otras personas.

El ejemplo citado de las cartas por habitante aclara este pensamiento. Á consecuencia de una mejor ó peor administración pública resulta el número de cartas por habitante siguiente:

Inglaterra, 41.

Suiza, 25.

Bélgica, 19.

Holanda, 19.

Francia, 17.

Alemania, 17.

Austria, 13.

Hungría, 10.

Italia, 7.

España, 6.

Portugal, 4.

Hágase caso de este ejemplo para comprender que el servicio de comunicaciones no conviene considerarlo materia de renta, pues encarecer el franqueo y los telegramas es dificultar las comunicaciones.

¡Advertencia inútil hecha á los políticos! ¡Los políticos, que desdeñan constantemente los clamores de la opinión pública, atentos á preferir las lisonjas de la adulación!...

Un poco de historia lo prueba así. En el presupuesto de 1895-96 se consigna para comunicaciones un millón y medio menos que en el presupuesto de 1889. Tal es el furor insano de las economías. Aguilera como Ministro de la Gobernación, Montilla como Director de Comunicaciones, publicaron un decreto exponiendo en el preámbulo los muchos defectos de que adolecía este ramo de servicio público. Para poner remedio al mal fué nombrada una comisión compuesta de senadores, diputados y jefes del departamento de Gobernación.

ANSELMO FUENTES.

(Continuará.)





LA LITERATURA EN CHINA

Sabido de todos es que no fué poco el tiempo transcurrido desde que el hombre apareció sobre la tierra hasta que, reunido en sociedad, buscó un medio de dar forma determinada á su pensamiento, hasta entonces fugitivo, para hacerle pasar á ser del dominio del mundo material. No falta quien diga que el hombre fué dueño, desde el primer momento, de la palabra; tampoco deja de existir quien defienda que aprendió á hablar más tarde, mucho más, comenzando su aprendizaje con gritos articulados que copió del mono. Quédense estas teorías para quien quiera sostenerlas, pues no es nuestra idea tratar de un asunto de por sí obscuro, tan obscuro quizá como el de la procedencia del hombre, originado por una sola pareja, según los monogenistas, ó por muchas, según sus contrarios los poligenistas.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que desde que el hombre poseyó el lenguaje, hasta que de éste formó una creación más elevada, con objeto, no ya de entenderse con sus semejantes en sus cambios comerciales, sino con el de proporcionar el placer que produce la reproducción de la belleza por medio de la palabra, debió de transcurrir tiempo indeterminado, y allanar obstáculos, que siempre son difíciles en todas las ocasiones de la vida, pero que llegan á con-

vertirse en poco menos que insuperables cuando se trata de dar el primer paso, máxime si éste es el de la civilización.

Y hé aquí por dónde, hablando de ésta, nos aparece como pueblo que antes la posee, siguiendo la opinión modernamente sostenida, el pueblo chino, quizá por ser la nacionalidad que antes se formara, toda vez que es éste otro problema, cuya *X* se encuentra en la actualidad sin despejar, quizá porque no obstante la fama que este pueblo ha tenido en la antigüedad de apático y retraído, supo prevenir sus pasos á los de sus coetáneos.

En efecto, examinando su literatura, puede convencerse el curioso de que posee un grado de adelanto no poco extraño de encontrar en la infancia de una civilización: si bien es cierto que sus tendencias, como la de todos los pueblos orientales, y aun no vacilaríamos en decir que como la de todos los primitivos, se dirigían principalmente al comercio y la navegación, como único medio de vida que impone el trabajo material en su lucha por la existencia, no por eso dejaron olvidadas las que aun no recibían el nombre de Bellas Letras, marcando así el principio de una nueva era, reconocida más tarde y acatada por todos como la superior á la de los bienes materiales; la de la inteligencia.

Estudiando, pues, la literatura china, no dejaremos de encontrar modelos en ella, bien bajo el carácter histórico, ya con el dramático, ora en el poético y no pocas veces en el prosaico.

El primer monumento que encontramos es de Filosofía; pertenece á *Lao-Tseu* y se llama el *Tao-te-king*, ó sea el libro de la razón suprema y de la virtud. Esta obra, cuya antigüedad se remonta á cerca de seis siglos antes de nuestra era, es considerada como auténtica por los historiadores chinos de todas las sectas. Traduciendo este libro, que viene á ser el evangelio de los sectarios del filósofo mencionado, se nota que su gran obscuridad depende en parte de haber sido escrito, casi por completo, en versos irregulares, terminados en rimas ó consonancias finales, repetidas á menudo, y de la extremada concisión de las máximas formuladas de este

modo, como en un molde, para que se pudieran retener mejor al oído.

Para que se pueda formar una idea del estilo y pensamientos del *Tao-te-king*, vamos á citar algunos pasajes, conservando en su traducción el arreglo de los versos chinos. La sección vigésimoquinta está destinada á dar á conocer el origen de las formas materiales, y el autor se expresa en estos términos:

«Los seres de formas corpóreas fueron creados de la materia primera confusa.

Antes de la existencia del cielo y de la tierra,

No había más que un silencio inmenso, un vacío inconmensurable y sin formas perceptibles.

Sólo él existía, infinito, inmutable.

Circulaba en el espacio ilimitado sin experimentar ninguna alteración.

Puédesele considerar como la madre del universo.

Yo ignoro su nombre, pero le llamo *Tao*, Razón universal suprema.

Precisado á darle un nombre, le digo grande, elevado.

Siendo (reconocido) grande, le llamo extendiéndose á lo lejos.

Siendo (reconocido) extendido á lo lejos, le llamo lejano, infinito.

Siendo (reconocido) lejano, infinito, le llamo lo opuesto á mí...

El hombre tiene su ley en la tierra.

La tierra tiene su ley en el cielo.

El cielo tiene su ley en el *Tao* ó Razón universal suprema.

La Razón universal suprema tiene su ley en sí misma.»

El vivo interés que *Lao-Tseu* siente por el pueblo desgraciado, se expresa en otra parte (la setenta y cinco) de su libro, y que citamos á continuación, pensando al propio tiempo y preguntándonos si no podría aplicarse algo de esto á una región que no es la China y á unos tiempos que no son los de *Lao-Tseu*. Dice así el original:

«Si el pueblo padece hambre, es porque le abruma pesadísima impuestos.

Hé aquí la causa de su miseria.

Si el pueblo es difícil de gobernar,

Es porque le agobian ásperos trabajos.

Hé ahí la causa de su insubordinación.

Si el pueblo ve llegar la muerte con indiferencia,

Es porque se encuentra demasiado afanado buscando el sustento.

Hé ahí por qué muere con tan poco sentimiento.»

El estilo en que los *kings* ó libros sagrados están redactados es en un todo semejante á éste; por eso nos creemos dispensados de citar ejemplos, indicando solamente, y como datos bibliográficos, que su redacción se remonta á la primera dinastía, según se dice, fundada por *Yu*, que comienza en su hijo *Ti-ki*, llamada *I-lia*. Estos libros son: el *I-king*, ó libro de las combinaciones y las suertes, el cual explica las púas y signos de *Fo-hi* (escritura primitiva china); el *Chu-king*, colección de máximas de gobierno entresacadas de lo que hicieron y pensaron algunos emperadores; el *Chi-king*, ó antología de poetas chinos; el *Li-king*, libro de las solemnidades y ritos que el pueblo debe conocer, y el *Tchou-li*, colección de etiquetas de *Tchou*, el cual es una copia en parte del *Li*, pues muchas de las reglas que se ven en éste se encuentran también en aquél: tiene menos importancia que los anteriores.

Con mayor detenimiento debemos estudiar una de las ramas de su literatura, pues su valor intrínseco y la cantidad producida es superior á las obras citadas: nos referimos al teatro.

El arte teatral y la poesía dramática nacieron en China en la ciudad de *Tchang-ngan*, bajo la dinastía de los *Thang*, atribuyéndose á *Kao-ming-ti* el primer monumento dramático digno de este nombre, sin embargo de que hay autores que atribuyen á *Wen-ti* la gloria de haber inventado el drama: la historia del arte dramático puede dividirse en cuatro épocas, comprendiéndose en la primera las piezas compuestas bajo la dirección de los *Fhang*, de las cuales no se conserva modelo; en la segunda, las escritas en la dinastía *Song*; en la tercera, las de la *Kin* y *Youen*, y en la cuarta, las posteriores á esta época hasta nuestros días.

En el drama chino, la división de actos y escenas es muy semejante á la del europeo: cada obra se compone de cuatro divisiones, y á veces consta además de un prólogo como en las tragedias griegas, en el cual los personajes indican sus nombres, el argumento de la fábula y los antecedentes que hay que conocer para la inteligencia y debida comprensión del drama; en el primer acto se presenta la exposición, el nudo comienza en el segundo y termina con el tercero, quedando el cuarto reservado para el desenlace. Las escenas no se distinguen, como ocurre en nuestro teatro, unas de otras, sino mediante las palabras *sube* y *baja*, según el actor entre ó salga: la frase *pei-yun* (al pie de la letra, *hablar volviendo la espalda*), equivale á la acotación de *aparte*.

Toda obra dramática debe tener un fin moral: sin esta circunstancia, los chinos la juzgan como una cosa ridícula y sin sentido común; los ataques á la moral y la obscenidad se castigan como crímenes horribles, durando el suplicio de los autores larguísimo tiempo. ¡Puede ser que si estuviéramos en China no pasaran con tanta facilidad muchas de las piezas, mal llamadas cómicas, que se presentan en nuestros teatros y que hasta aplaudimos!

Las reglas dramáticas admitidas en China están muy lejos de ser las mismas que las nuestras. No se representa una acción única, sino la vida entera de un héroe, cuya duración comprende un largo período de tiempo en muchas ocasiones. La unidad del lugar se observa lo mismo que la de tiempo, pues el espectador, que en el primer acto se encuentra en China, se ve en el segundo transportado á la Corea, en el tercero á la Manchuria, y en no pocas ocasiones dejan la tierra para residir por un breve espacio en el cielo, codeándose con los dioses ó los demonios que allí parece haber también en la mansión celeste, como se puede ver en la obra titulada *Khan-t sien-nu* (*El Avaro*), verdadera comedia de carácter, mezclada de escenas mitológico-fantásticas.

Los actores no gozan en China de consideraciones ni poseen el respeto ni la estima de sus conciudadanos, viéndose desechados de toda clase social. Este menosprecio proviene del vicio de su nacimiento y no de su profesión misma, pues,

á semejanza de los comediantes romanos, eran, por lo común, hijos de esclavos comprados por un director ó empresario con objeto de convertirlos en actores, pero que nunca son otra cosa que simples criados del jefe: en estas condiciones, fácil es concebir que, lejos de llegar á ser su empleo un arte estimable, nunca pasa de ser un vil oficio, tan vil como el de Plauto dando vueltas á un molino para ganarse el sustento. La ley que prohíbe á las mujeres salir en el teatro está en vigor hoy día, siendo sus papeles desempeñados por jóvenes que, merced á su traje y voz atiplada, producen un efecto agradable y una ilusión casi completa.

La afición de los chinos por este género de diversión es tal, que se los ve á menudo en las transacciones comerciales de cierta importancia estipular, además del precio, cierto número de comedias, y á veces el convicto de culpa, cuando se trata de querellas ó riñas, es condenado á pagar por los árbitros una ó más representaciones.

Después de expuestas todas estas consideraciones, que, aunque extensas y separatorias de nuestra idea principal, hemos creído indispensables para la mejor inteligencia del asunto, y citadas á título de curiosidades, vamos á exponer el argumento de uno de los dramas más notables por su desarrollo, intriga, exposición, etc., indicando de pasada que la división de las obras escénicas entre los chinos comprendía siete clases, á saber: *dramas históricos*, *dramas tao-ssé*, *comedias de carácter*, *comedias de intriga*, *dramas domésticos*, *dramas mitológicos* y *dramas judiciales* ó cuyo argumento está sacado de causas célebres.

Al género llamado *de carácter* pertenece la obra que hemos elegido, comedia de gran mérito, pues justifica la denominación del grupo en que se halla comprendida. Lleva por título el de *Khan-t sien-nu*, *el esclavo de las riquezas que atesora*, es decir, *el Avaro*.

En el prólogo, *Tcheou-yong*, simple bachiller, trata con su mujer el proyecto que tiene de marchar á la capital para disputar el premio en un concurso de letrados, conquistando así un grado superior que le permita aspirar á un empleo elevado; su mujer le expresa la idea de no abandonar á su

hijo, niño de corta edad; accede él y se pone en camino toda la familia, no sin haber enterrado antes en sitio seguro todos sus ahorros para recogerlos á la vuelta de su viaje.

Cambia la escena en el primer acto, presentándonos nada menos que las regiones celestes, en las cuales aparece el dios del templo de la montaña sagrada, *Ling-kou-heou*, dándonos á conocer sus nombres y genealogía, al paso que se queja de las molestias que le ocasionan las súplicas y oraciones de un pícaro, que acude todos los días á la puerta del templo, querellándose de dioses y mortales: es una especie de lapa que no se la puede quitar de encima. Aparece después el templo del dios en la tierra, y efectivamente, ya está esperando en la puerta el dichoso *Kou-jin*, que va, como de costumbre, á quejarse de todo el mundo. Maldice su suerte infausta, pues no tiene qué comer, viéndose reducido á servir á unos albañiles el agua y la argamasa. ¡Oh! si el dios escuchara sus plegarias, daría limosnas, levantaría pagodas, repararía puentes y caminos, cuidaría de los huérfanos, las viudas y los ancianos, en una palabra, haría dichoso al género humano; por fin el cansancio le rinde y se duerme.

Ling-kou-heou se le aparece en sueños, haciéndole saber que el éxito de sus votos depende del dios de la dicha, *Tseng-fo-chin*, el cual aparece, reprochando á *Kou-jin* su dureza con todos, pues es de saber que el pedigüeño había sido rico en su vida pasada: los desgraciados sólo recibieron injurias, los tristes no hallaron sus consuelos y los pobres no vieron limosna en sus manos. *Kou-jin* trata de justificarse y desarmar la cólera divina, lo cual consigue después de muchas protestas y no pocas promesas de enmienda, recibiendo todas las riquezas de *Tao-tcheu*, hombre honrado como pocos, pero que ha experimentado la desgracia de tener un mal pensamiento por breves segundos, incurriendo así en la cólera del dios. Éste se retira, huye el sueño y *Kou-jin*, una vez despierto, no pudiendo creer en tanta suerte como su visión le promete, va á terminar el trozo de muralla que había comenzado.

En el segundo acto, aparece una rica estancia digna de un magnate, y un personaje que dice llamarse *Tchin-te-fou*,

secretario del dueño de la casa, hoy rico y potentado, cuando ayer sólo era criado de unos albañiles: el amo está disgustado porque no tiene ningún hijo y ha encargado á su secretario le proporcione uno, el cual, para conseguirlo, se pone de acuerdo con el tabernero de la vecindad, que le promete ayudarle en cuanto pueda.

Aparece en otra mutación el tabernero, que abre su tienda, dando cuenta en un largo monólogo de que tiene cien barriles en su bodega de un vino que más parece vinagre; sin embargo, no es que él sea malo ni mucho menos, pero cree que no debe darse buen vino más que á los dioses. Llega en esto un infeliz viajero, con su mujer y su hijo, cansados y hambrientos: excusado es decir que éste es el bachiller *Tcheou-yong*, que vuelve de la capital, donde ha sido suspenso en sus ejercicios: al ver el tabernero el niño le da idea de comprarlo para que el secretario lo lleve á su señor: el bachiller, que ha quedado pobre, pues en su ausencia le han robado el tesoro, después de aconsejarse con su mujer, acepta la proposición, siendo acompañado por *Tchin-te-fou* á presencia de *Kou-jin*.

El resto de la obra se reduce á realzar y pintar con más negros colores la avaricia de ese hombre, que ofrece por el niño una *onza de plata* (6,50 pesetas), dándole además como regalo un pedazo de galleta que empieza á pudrirse. En el último acto nos presenta al niño convertido en hombre de veinte años: el *avaro* está á las puertas del sepulcro, y discute con su hijo adoptivo la clase de caja mortuoria en que han de yacer sus huesos, quedando, por fin, contento al saber que, siguiendo sus deseos, será encerrado en una artesa de la cuadra, dividido en varios pedazos, por ser su cuerpo mayor que la tumba improvisada. Muere por fin, haciendo como última advertencia la de que pida al vecino un hacha prestada para descuartizarlo, con objeto de evitar el que se melle la suya y tener que gastar luego en afilarla, y encargando que no se olviden de reclamar á un verdulero, á quien ha comprado habas, 5 *liaves* (menos de 5 céntimos) que había dejado de dar en la vuelta.

En esta obra se ve un carácter sostenido desde el princi-

pio al fin; tiene una gran analogía con el teatro primitivo de los más antiguos pueblos, y en algunos pasajes se encuentran grandes puntos de contacto con las piezas romanas, sobre todo con el tipo del parásito de la *Asinaria*, de Plauto.

Pasando del teatro á la novela, podemos afirmar que éste es el género literario en que los chinos han sobresalido: el temor de hacer excesivamente largos estos apuntes nos impide hablar detenidamente de algunas; sólo, pues, nos reduciremos á citar, entre otros títulos, los de las lindas historietas y narraciones *La sombra en el agua*, *Los tiernos esposos*, *Los tres hermanos*, *El crimen castigado*, *Las dos gemelas*, *La pintura misteriosa*, *El poeta Li-thai-pe*, *Las peonías*, *El laúd roto*, etc.

Vamos á terminar dando traslado de un modelo de poesía lírica, seguros de que nuestros lectores nos lo agradecerán, pues siempre es agradable para el pobre caminante que atraviesa cansado el árido desierto encontrar á su conclusión el benéfico oasis que ha de reparar sus perdidas fuerzas y dar nuevo impulso á su decaído espíritu. La tomamos del volumen CXI de la *Biblioteca universal (Modelos de literatura china*, versión castellana de R. Vega Armentero y A. Hidalgo de Mobellán), y dice así, firmada por *Pan-Tchao*:

Á UNA ROSA

Rosa que en verde fanal
 perfumes das al espacio
 mirándote en el cristal
 de las aguas de un palacio;
 rosa que alegre y lozana
 desplegas de orgullo henchida,
 altiva, soberbia y vana,
 los primores de tu vida;
 rosa que despreciadora
 miras á las otras flores
 creyéndote la señora
 de sus brillantes colores,
 ¿por qué, altiva y orgullosa
 miras á tus compañeras,

y las hablas desdeñosa
cual si tú su reina fueras?
¡Ay, triste! Dobla tu frente
y no cantes pretenciosa
un mañana en que te ostente
sobre su pelo una hermosa.

Cese tu irritante anhelo,
que, cual tú, las demás flores
nacieron bajo de un cielo
que las impregnó de olores.

Y no te olvides ¡oh, rosa!
que en lágrimas anegada
te has de ver por orgullosa,
en la mano más preciosa,
marchita, rota y ajada.

MANUEL GARCÍA OSUNA.

Madrid y Mayo 28 de 1895.





PRÓLOGO DE UN LIBRO (1)

SR. D. CARLOS SOLER ARQUÉS.

Mi eminente amigo: Nadie como usted, tan lleno de ciencia y de experiencia como entusiasta por el progreso de los estudios, puede cobijar bajo su protección estos cuadros de HISTORIOGRAFÍA DE ESPAÑA que, de salir á la luz pública apadrinados con sólo mi nombre, pudieran parecer labor anticipada de catedrático novel, ávido de singularizarse, rompiendo moldes tradicionales en nuestra enseñanza académica. Á usted, pues, acudo en demanda de una carta de presentación, tanto más autorizada, cuanto que usted, como espíritu viril y sincero, no se ha recatado de manifestar en la prensa opiniones pedagógicas contrarias á las dominantes, y contrarias también, en parte, á métodos y sistemas de enseñanza que yo considero excelentes, y que, que como tales, públicamente he defendido.

(1) Las dos cartas que forman este prólogo están destinadas á figurar al frente del libro *Cuadros de Historiografía de España*, que publicará en breve nuestro colaborador el docto catedrático de Geografía é Historia del Instituto de Canarias, D. Leopoldo Pedreira.

La autorizada constación del Sr. Soler Arqués, catedrático del Instituto del Cardenal Cisneros muestra cómo este sabio profesor, encanecido en el aula, sigue paso á paso con juvenil entusiasmo todos los progresos pedagógicos aceptados por el Sr. Pedreira.—(N. de la R.)

Ahí van esos *cuadros*, y lo primero que tengo que explicar es por qué son *cuadros* y no prosa maciza, corriente y *moliente*, dicho sea, esto último que subrayo, sin ninguna intención segunda. Empiezo por explicar la forma de cuadros en que presento la asignatura, porque *la forma* es lo primero salta á la vista y, por tanto, requiere aclaración más inmediata.

Educado yo desde muy temprano en el estudio de la Historia, fundo todos mis juicios en razones *históricas*, es decir, de testimonio de hecho, en datos de experiencia; y el procedimiento de exposición sinóptica que aquí adopto obedece á enseñanzas de la práctica, á observaciones que vengo haciendo, como profesor de la asignatura, en varios colegios. Noté que los alumnos se fijan con preferencia en lo accidental y accesorio de la narración, en las anécdotas que hieren la imaginación más vivamente, y que los dejan ayunos de lo que en realidad constituye el conocimiento científico de la asignatura.

Otros jóvenes más avisados ó más laboriosos aprenden íntegro el libro de texto y lo recitan literalmente, exagerándose así la tendencia *memorialista* que domina la instrucción en España, tendencia á la que se presta como ninguna la asignatura de Historia y que inutiliza á los alumnos, privándoles de toda educación sólida, incapacitándolos para pensar por cuenta propia y sustituyendo la verdadera enseñanza por una especie de galvanoplastia pedagógica que debiera estar penada por el Código.

Añádase á esto la dificultad de escribir prosa didáctica castellana, dificultad que dudo venciera el mismo Cervantes, porque nuestra hermosa lengua, con sus largos períodos, su riqueza de modos conjuntivos y su genio amplificador y pródigo, se presta poco á aquella concisión y gravedad que los escritos didácticos requieren y que se logra tan perfectamente por medio de la sobriedad y enérgica precisión de la lengua de Fenelón y de Víctor Hugo.

No obstante, son muchos los que en España escriben libros en florida prosa, destinada á la recitación mecánica en las aulas. Y es de ver con cuánto gusto aprenden los chicos

cómo *la parca inexorable arrebató al Rey Luis I en la flor de su edad* y cómo *la victoria seguía los pendones de Fernando III, etc.*, todo original y metafórico. Esto sin perjuicio de que los felices alumnos sepan de memoria diez ó doce nombres para designar á los mahometanos, llamándoles musulimes, musulmanes, agarenos, infieles, africanos, árabes, sarracenos, moros y otras mil cosas, algunas *tan sinónimas* como *árabes y africanos*, que andan siempre confundidas *propter elegantiam sermonis*.

Al hablar de esta confusión y de los escarceos retóricos de la narración histórica, creo innecesario hacer constar que me refiero únicamente á los alumnos, pues es notorio que ningún manual de Historia incurre en tamaños defectos. Mi ánimo es sólo evidenciar los perjuicios que suele traer la forma narrativa en la redacción de libros para los niños, sobre todo cuando se trata de una materia tan propicia para deportes poéticos como la asignatura de Historia de España.

Lo que sí es muy común en los textos es llamar á un Rey villano; á un general, traidor; á un político, magnánimo (en unos libros), y al mismo político, inexperto (en otros libros). Estos epítetos tienen el inconveniente de que, á semejanza de las anécdotas, distraen al alumno de aquello que verdaderamente debe ser objeto de estudio; y hay joven que llega á creer que las condiciones personales de un hombre determinan los caracteres de una época; lo cual es precisamente lo contrario de lo que la Historia enseña.

Resulta de todas estas consideraciones que la forma de cuadros es insustituible:

1.º Para que el alumno se fije en los puntos capitales de la asignatura y vea á la primer mirada la verdadera proporción y enlace de los acontecimientos, á la manera que al examinar una estatua ó un edificio nos damos desde luego cuenta de la correspondencia de unas partes con otras y de la trabazón que existe entre ellas.

2.º Para atacar la tendencia *memorialista*, que es el vicio principal de la enseñanza en España.

3.º Para evitar resabios de dicción, que hacen el lenguaje de los alumnos poco natural y propio.

Contra estas ventajas tienen los cuadros el inconveniente de la extrañeza que producen á la vista del alumno, acostumbrado á la forma compacta de la prosa más ó menos literaria de los libros de texto. Pero esta misma extrañeza, que al principio produce cierta repugnancia en los discípulos, hace que la atención de éstos sea más intensa para comprender una doctrina que aparece expuesta en forma distinta de la que se emplea vulgarmente en la comunicación del pensamiento. Y claro está que, siendo mayor la atención, mayor es también la facilidad del acto memorativo, hecho psicológico perfectamente comprobado y que utiliza usted, con profunda intención pedagógica, en varios lugares de su *Gramática francesa*, por ejemplo, en la explicación de los diptongos por medio del triángulo de Orchell, sistema más complicado que la simple enunciación del valor fónico de las vocales compuestas, pero de más prácticos y racionales resultados, porque, una vez penetrado el alumno de esta ingeniosa teoría, no la olvida después fácilmente.

Además, la dificultad que pudiera encontrar el alumno para aprender por el método sinóptico se refiere sólo al estudio de los primeros cuadros, pues, una vez dominado el procedimiento, antes será más fácil al discípulo el estudio sobre el cuadro que no el sistema corriente de narraciones, más propias para la lectura que para la enseñanza. Ahora bien, como los primeros cuadros han de ser explicados al abrirse las clases, cuando los alumnos llegan al aula tras el descanso de las vacaciones, y vienen llenos de deseo de aprender (porque les atrae la novedad de la asignatura, y porque está reciente el recuerdo de la recompensa ó el castigo recibido en el curso anterior), resulta fácil hacerles dominar cualquier obstáculo, pues, como usted sabe, por larga experiencia, ni los alumnos más desaplicados dejan de estudiar las primeras lecciones, y una vez vencida en éstas la extrañeza del procedimiento sinóptico, ningún inconveniente han de encontrar en lecciones sucesivas.

El concepto que yo tengo de la enseñanza de la Historia concuerda en un todo con el criterio oficial expresado en el decreto de 16 de Septiembre último, según el cual, los *Cua-*

dros de Historiografía de España deben contener la clasificación de la Historia de España, con la explicación sumaria de sus diferentes edades, épocas y períodos en sus respectivos elementos, carácter y significación.

Al decir que mi opinión *concuerta* con el criterio oficial, estoy muy distante de señalar la infalibilidad de este criterio, ni de reconocer el deber de someterse á él, pues es evidente que, dejando el Estado á cada profesor libertad de redactar un programa propio, esta libertad lleva implícita la independencia del catedrático para separarse de la definición de la asignatura hecha por Real decreto.

Mi propósito, al hacer notar la coincidencia que dejo señalada, es demostrar que la redacción de estos cuadros no obedece á ninguna extravagancia mía, sino á una dirección del pensamiento tan pujante y tan extendida que ha logrado abrirse paso hasta elevadas esferas gubernativas. Quizá este concepto oficial de la enseñanza de la Historia no dure mucho en el continuo tejer y destejer de esta tela de Penélope que se llama administración española; pero no por eso creo yo que perderán nada de su virtualidad las razones que aquí dejo expuestas en pro de mi opinión y las que se deducen de la simple lectura de los primeros cuadros de *Historiografía de España*.

En lo que disiento notablemente de los famosos preceptos oficiales de 16 de Septiembre es en la importancia que tratan de dar á lo que impropiamente se llama historia de la cultura, como si la Historia universal, en conjunto, fuese cosa distinta de la Historia de la civilización; la cultura se manifiesta en todos los hechos, lo mismo en los de carácter militar y político que en los de índole puramente artística ó científica. La cultura de un pueblo ó de una época se caracteriza más por el modo de pelear y por la forma de gobernarse que no por la vida artística y científica.

La forma suprema de la Historia es la guerra; el hombre sólo pone en ejercicio su actividad porque la necesidad le obliga; la necesidad se manifiesta por el dolor y la forma del dolor colectivo son las guerras. Seguir paso á paso la Historia militar es ir indicando los jalones que marcan las

etapas del camino recorrido por la especie humana á través del tiempo.

La Historia militar es la descripción del sufrimiento; la Historia del arte es la descripción del goce; por eso los sucesos de carácter bélico llenan toda la Historia y los acontecimientos artísticos forman tan sólo tal cual paréntesis. «Todo placer—dice Balart—no referente á las necesidades de la vida, desde el juego, ejercicio común al hombre y á los animales superiores, hasta la emoción artística, sentimiento peculiar de la especie humana, consiste en el empleo desinteresado de la energía sobrante en nuestro organismo, después del esfuerzo necesario para no sucumbir en la lucha por la existencia.»

Hé aquí como la Historia del arte es la Historia de la *energía sobrante* y la Historia de la guerra es la descripción de toda la vida humana.

Si Aníbal no hubiese inmortalizado á Cartago con sus hazañas, la gran república africana sólo viviría en nuestro recuerdo por diez versos de un drama latino y por una traducción griega de un libro de Geografía.

Hebreos, fenicios, mahometanos, en suma, todos los semitas, no han legado un monumento de valor á la Pintura ni á la Estatuaria, ni nos dejaron un solo drama. ¿Qué diríamos de la vida de estos pueblos si hubiésemos de prescindir del desarrollo militar, político y económico, que constituyen la forma verdaderamente universal de la historia de todos los pueblos?

Por eso adopto en la clasificación de la *Historia de España*, como límites de las edades, épocas y períodos, sucesos de carácter militar ó político. En efecto, aun aquellos acontecimientos que generalmente se consideran como de exclusivo carácter artístico se manifiestan por igual en la Historia militar y en la Historia política; sirva de ejemplo el Renacimiento que desde el punto de vista literario alborea en España con la fundación de la Universidad de Palencia, en el reinado de Alfonso VIII, y se anuncia en el mismo reinado en el arte de la guerra con la batalla de las Navas de Tolosa, en la cual (á la manera clásica

y contra el uso de la Edad Media) se ponen en práctica planes preconcebidos y tratados en consejo de guerra, tentativas de la vanguardia para forzar el paso, reconocimiento militar del camino que flanquea las posiciones enemigas, orden de batalla en tres líneas, movimientos sucesivos de ataque y empleo de las reservas. Cuando el Renacimiento literario español aparece ya en todo su esplendor, á fines del siglo XV y principios del XVI, aparece el Gran Capitán, que inicia la Edad Moderna de la Historia de la guerra, aniquilando las preocupaciones y dificultades que reducían antes los combates á desafíos personales, que sólo diferían entre sí en el mayor ó menor número de contendientes y en los que la superioridad numérica, la fuerza bruta y el valor individual lo eran todo, y nada ó poco menos el orden y el impulso hábilmente combinado de la colectividad.

Hé aquí cómo el Renacimiento, que aparece como el hecho más grande de la Historia de las ciencias y las artes, no es un acontecimiento que se limite á la esfera de la historia intelectual, sino que tiene su expresión en la guerra, haciendo resurgir la manera de pelear de los romanos, del mismo modo que el renacimiento del derecho exhumaba los códigos políticos del paganismo (códigos que eran la consagración de la unidad nacional y del poder absoluto de los Reyes), produciendo el renacimiento en política.

Así la Historia es y seguirá siendo la legítima sucesora de la poesía épica, que según los inmortales exámetros de Horacio tiene por objeto:

Res gestae, regumque, ducumque et tristia bella.

Tales son los fundamentos que me han servido para señalar los límites de las edades, épocas y períodos de estos cuadros que someto á la aprobación de usted, repitiéndome admirador cordial y amigo afectísimo, Q. L. B. L. M.,

LEOPOLDO PEDREIRA.

SR. D. LEOPOLDO PEDREIRA.

Mi estimado y buen amigo:

Veo con gusto que es usted innovador, pero innovador de arranque é ideas propias, innovador que, no queriendo estacionarse en los remansos de la rutina, se resiste también á entregarse al ciego capricho del oleaje que temporalmente triunfa. Le felicito á usted muy de veras por ese carácter de publicista independiente, por esos brillantes trabajos de Historia que una vez más demuestran la imaginación viva, el aticismo formado en la seriedad del estudio, la crítica de un espíritu convencido y esa dicción fácil y seductora que—haciendo á usted estricta justicia y sin recurrir á vanas lisonjas—me complazco en reconocer en sus escritos.

No son, por cierto, los cuadros sinópticos ninguna novedad del día. Soy viejo, y puedo decirlo. Cuando era yo niño formaban mi afición predilecta los hermosos resúmenes de Historia universal trazados por el pedagogo Lévy Alvarès, que no era tampoco el primero en haber recurrido á ese método de enseñanza que tanto facilita la comprensión de un período ó de un siglo, abarcando de una manera indeleble los puntos más culminantes y sintetizando en el entendimiento los hechos de mayor influjo en la vida de los pueblos. Pero en España vamos muy despacito, salimos raras veces de nuestro paso, y pocos son los escritores didácticos que se permiten la libertad de discurrir por cuenta propia acerca de los moldes tradicionalmente admitidos, resultando así que la misma Academia Española de nuestros días esté tan lejos de acusar ningún progreso en el tecnicismo ni en las arcaicas formas gramaticales de los tiempos de nuestro buen Nebrija. Ésta es la verdad, y por esto me pongo en esta cuestión al lado de usted, Sr. Pedreira, por más que mis vivos entusiasmos y los refuerzos que represento poquísimo significan y nada valen.

De algún tiempo á esta parte advierto también tendencias á derivar la Historia de la civilización ó de la cultura

humanas de la Historia del arte, con marcado desdén hacia la Historia militar y política. No solamente creo con usted que es un error grave, sino que la Historia general del arte —que está por cierto en mantillas— es circunstancial, sí, y muy curiosa; pero no podrá descubrirnos nunca más que progresos y costumbres locales que acaso no conduzcan siempre á una generalización acertada. La civilización ha seguido y sigue caminos muy tortuosos y á veces inexplicables, digan lo que quieran los historiadores del arte. ¿Fueron los grandes adelantos artísticos, el exagerado culto de la forma y todos los refinamientos plásticos las causas eficientes que convirtieron en humilde Icaria á la orgullosa Grecia? ¿No son todavía las obras escultóricas y arquitectónicas de Atenas el bello ideal de los artistas de nuestro tiempo, á pesar de la innegable cultura que hoy alcanzamos? ¿Podrá deducirse el grado de barbarie de los siglos medioevales de la contemplación de esas basílicas románicas llenas de exquisitos primores, de esas catedrales con ojivas que parecen flechas lanzadas en el espacio para señalarnos el cielo, y que revelan un idealismo espiritual, un idealismo altamente místico, constituyendo preciado símbolo en el que buscan y buscarán aún su inspiración los mejores arquitectos modernos de construcciones análogas?

Permítame usted, amigo mío, que me atreva á pisar un terreno que, más que á mí, á usted pertenece; pero mis observaciones están muy fundadas, si mucho no me equivoco. ¿Quién creerá nunca que nuestro antiestético sombrero de copa, por ejemplo, revele mejor gusto que el elegante chambergo de Felipe IV? ¿Quién dirá que el ridículo frac es más aceptable que el noble gabán y las mangas perdidas de Enrique III?... Sin el conocimiento de la tendencia y de la marcha política, sin el minucioso examen de los hechos y trastornos debidos principalmente á las guerras, la Historia de un país, la Historia de la civilización, se convertiría en jeroglíficos á menudo indescifrables.

Queda por cumplir un deber de gratitud en esta breve contestación mía. Tengo que dar á usted las gracias, y se las doy cordialísimamente y muy expresivas, por algunas pala-

bras, con exceso benévolas y sin duda alguna inmerecidas, que estampa usted en su muy grata. Bien es cierto que el público en general sabe en esta parte á qué atenerse, y hasta permite y dispensa frases nacidas en un corazón sano, cuando una cariñosa amistad las formula.

Soy siempre de usted afectísimo y B. S. M.,

C. SOLER ARQUÉS.





NORTE Y MEDIODIA ⁽¹⁾

Subimos á un ómnibus de tranvía magníficamente combinado para la comodidad de los viajeros. Varios de estos elegantes ómnibus cruzaban las calles en todas direcciones. Supe que cada dos calles tenían el suyo y que los viajes se sucedían cada dos ó tres minutos, habiendo además muchísimos carruajes con destino especial, de suerte que cualquier ciudadano era transportado más cómodamente con este sistema que si tuviese coche propio.

Llegamos al río y tomamos un vapor para ir al centro de la ciudad. ¡Qué espectáculo! Hermosos canales, muelles soberbios, almacenes magníficos, millares de barcos, millares de máquinas para cargar y descargar, todo el movimiento y la vida de la industria, islas encantadoras, puentes admirables para peatones y carruajes y hasta ingeniosos mecanismos para cruzar el río á vuelo, como se cruza volando una montaña rusa.

Aquello era otro planeta muy distinto del que yo en otros tiempos había conocido.

— ¡Famoso empresario de transportes es vuestro gobierno! — exclamé.

(1) Véase la pág. 497 de este tomo.

—Cosa parecida á los antiguos gobiernos, que eran también empresarios de correos, explotadores de salinas y fabricantes de cigarros. Con una diferencia, sin embargo. Antigualmente el Estado vendía al público sus servicios y hoy regala los suyos.

—Pero ¿necesitaréis cuadras inconmensurables para tantos caballos?

—Hay cincuenta ó sesenta en los extremos de la ciudad. Vamos á ver una, ya que nos queda tiempo.

Llegamos á un apartado barrio, y vi una cuadra de cuatro pisos, ó más bien cinco cuadras inmensas sobrepuestas, limpias, hermosas como palacios, y conteniendo juntas dos ó tres mil caballos, con almacenes de grano y forraje, cocheras grandiosas y talleres para la confección de todo lo indispensable.

Eugenio me hacía observar las ventajas de ese nuevo sistema de concentración. Así no existían ni cuadras, ni cocheras, ni basura, ni malos olores junto á las mismas habitaciones del vecindario.

Tan absorto estaba yo, que hubiera pasado allí la noche entera si Eugenio no me hubiese advertido que ya era hora de ir á casa de Valmor.

Encontré á toda la familia de mi amigo reunida en el gran salón.

Había allí cuatro generaciones. El abuelo de Valmor, viudo, de setenta y dos años; el padre y la madre, de cuarenta y ocho á cincuenta; el hermano mayor con su mujer y tres niños; las dos hermanas, Celinia, de veinte años, y Corina, de diez y ocho, y, finalmente, dos tíos con sus mujeres y diez ó doce primos y primas: total, veinticuatro ó veintiséis concurrentes á la tertulia.

El abuelo, con sus canas, su frente calva y arrugada, se distinguía por su aire de bondad y nobleza. El padre de Valmor era la imagen de la dignidad y de la fuerza. La madre no era ni había sido hermosa, pero su afabilidad y cariño suplían con exceso la falta de hermosura. Los niños eran casi todos encantadores, principalmente un sobrinito de Valmor que casi no se separaba de mis rodillas. Una de las

primas era poco agraciada, pero las otras eran bastante lindas. La hermana mayor, Celinia, con sus cabellos rubios que caían en rizos sobre sus hombros y su tez de lirio y rosa, era bella como una inglesa, al paso que su hermana Corina, de ojos negros y brillantes, me pareció llena de esa gracia y vivacidad que caracterizó siempre el tipo de las españolas. Era Corina la simpática tapada de mi viaje, y me interesó desde el primer momento.

Todo respiraba magnificencia, gusto y elegancia en aquel salón adornado de flores y embellecido por la alegría y la dicha que se respiraba. Me parecía imposible que fuese aquella la casa del cerrajero y de la costurera de que me había hablado Eugenio.

La conversación se hizo en un principio general, y se tocó incidentalmente una cuestión histórica.

—Hay ciertamente cosas admirables en nuestra historia antigua—dijo el abuelo;—pero hay también cosas terribles. Uno de los hechos más repugnantes es la horrorosa miseria que devoraba gran parte de las poblaciones. Estremece pensar en los repetidos casos en que escuálidas mujeres ó pobres niños, casi desnudos, venían á morir de hambre ó de frío, al lado tal vez del palacio donde los opulentos señores celebraban una fiesta magnífica y brindaban costosísimos licores en un opíparo banquete.

—¡Es verdad!—dije profundamente conmovido.—Pero la miseria ha sido en todos tiempos inevitable.

—Dispensadme—replicó el abuelo.—Nosotros no tenemos mendigos.

—¡Cómo! ¿No hay pobres en Eudaymon?

—Ni uno. Somos los ciudadanos igualmente ricos, exigiéndonos solamente el Estado que trabajemos todos, según nuestras facultades. Mis antepasados fueron de los más encumbrados señores, y con la antigua organización hubieran sido quizás condes, marqueses ó duques. Hoy, uno de mis hermanos fué cerrajero, el otro es impresor y el tercero arquitecto. Valmor será sacerdote, su hermano es pintor de edificios, y todas esas jóvenes que veis tienen su oficio, sin que por ello dejen de ser muy instruídas y lindas. Ya las ve-

réis en sus talleres. Lo que no podréis ver entre nosotros es gente ociosa ni servicio doméstico.

—¿No tenéis criados?

—Nadie aquí los tiene. Pero Valmor, que os ama entrañablemente, y su amigo Dinaros, uno de nuestros más sabios profesores de historia, tendrán el mayor gusto en dirigiros en el estudio que queréis hacer de nuestras instituciones.

—¿Os gustan las flores, señor Conde? me preguntó de pronto la hermosísima Corina, que me tenía embelesado.

—Nada, señorita, es para mí más seductor que ciertas... rosas—respondí galante.

—¿Os gustan los niños?—me dijo una pequeñita rubia que á lo mejor saltaba sobre mis rodillas.

—Los ángeles como tú son siempre divinos—repliqué besándola.

—¿Os gusta el baile y la música?—me preguntó Celinia sonriendo.

—Me gusta ver bailar, señorita; pero soy mal bailarín. En cuanto á la música, ¿á quién no ha de gustar?

—Escierto, señor Conde—añadió Corina;—pero yo os enseñaré también á bailar, porque quiero que bailéis conmigo, y dispensadme la franqueza.

—No apuremos hoy demasiado al señor Conde—dijo el amable abuelo;—le haremos pagar otro día su escote. Pero ya que le gusta la música, cantemos, hijos míos, y hagamos honor á los obreros y costureras de Eudaymon.

Sin hacerse rogar ni poner precio á su talento, Corina cantó con una naturalidad admirable, una gracia divina, una pureza de pronunciación y tal talento, que encantaba. Luego entonó su hermana un himno patriótico, cuyo estribillo coreaban los niños y mayores con entusiasmo. Advertí con sorpresa que yo mismo, á la tercera ó cuarta repetición, había tomado parte en el canto, lo que excitó una risa general y unánimes aplausos.

La mesa se cubrió á última hora de frutas, pastas y varias bebidas suaves. Las ofrecieron las lindas jóvenes acompañadas por las sonrisas de los niños.

—¿Creéis, señor Conde—dijo el anciano rejuvenecido—

que estaríamos mejor servidos por los antiguos *lacayos*?

—¡Imposible!—murmuré casi aloído de Corina.—Ahora nos sirven las gracias y los amores.

Me retiré sin saber cómo expresar bastante mi reconocimiento, lleno de deliciosas impresiones, y el sueño vino más tarde á mecer mi ilusión y mis primeros amores.

OJEADA SOBRE LA ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE EUDAYMON

Los cantos de la víspera resonaban todavía en mis oídos cuando vino á despertarme Valmor.

—Querido amigo—le dije,— os envidio por tener tan amable familia, y os felicito.

—Casi siento que haya tenido el honor de agradaros.

—Pues... ¿qué sucede?

—Mi abuelo, aunque jefe de la familia, todo lo consulta y no tiene por costumbre admitir á nadie cuya presencia pueda incomodar á uno solo de sus hijos.

—Y yo...

—Al ser consultado, dije que os conocía tan perfectamente como si nuestra amistad datase de larga fecha, y que os profesaba un cariño fraternal. Pero Corina me interrumpió enseguida y...

—¡Se niega á recibirme!—exclamé saltando de la cama.

—Manda que no faltéis esta noche, como amigo de casa. Quiere bailar con vos, quiere civilizaros... son sus propias palabras.

Mi respuesta fué darle un abrazo.

—Pero pone una condición.

—¿Cuál?

—Que dejéis aquí vuestro condado, y que no acuda á la tertulia más que Cabetti. Tal vez esto os humille un poco.

¡Humillarme! Le abracé de nuevo.

—Estará mi amigo Dinaros—prosiguió Valmor;—ya os acordaréis que Dinaros es el sabio profesor de historia. Así tendremos probablemente una conferencia. Hasta la noche: á las seis en punto.

Deseaba yo con impaciencia que trascurriesen con rapidez las horas, y para hacer tiempo, me dejé llevar por Eugenio á una de las *imprentas nacionales*, que me causó, por cierto, más sorpresa que si hubiese visitado una de las famosas pirámides de Egipto.

La Nación la dirige, habiendo entregado al arquitecto todo el terreno necesario. Era un edificio también inmenso, elegante, claro y cómodo, con 5.000 cajistas, máquinas de todas clases, fábrica de papel y de tinta, fundición de caracteres y grandes almacenes de primeras materias transportadas por medio de un canal. Las máquinas son tantas que abrevian de una manera pasmosa todo trabajo manual, suprimiendo unos 5.000 obreros. El trapo queda allí mismo transformado en papel, el papel se imprime, las hojas impresas quedan satinadas, dobladas y convertidas en libros en los magníficos talleres de encuadernación que al lado funcionan. Todos los obreros consagrados á estos servicios viven en un mismo barrio, formando una pequeña ciudad en los alrededores de los talleres.

—Juzgad—me dijo Eugenio—la economía de terreno y de tiempo que resulta de esta combinación admirable, independientemente de la economía de mano de obra que proporcionan las máquinas. Sólo la sociedad puede organizar la industria de una manera tan perfecta.

Por fin, se acercaban las seis. Llegué á casa de Valmor á la hora en punto. Corina, al verme, se levantó precipitadamente, diciendo:

—Venid acá, Cabetti, y dadme la mano, que quiero ser yo la que os presente hoy á mi padre.

—Señor Conde... digo, señor Cabetti—advirtió con solemnidad el abuelo alargándome la mano,—mucho me alegraré de que mi casa os sea agradable, y todos mis hijos desean que los consideréis como amigos. Al admitiros entre mis queridas hijas y nietas, os doy una prueba de estimación y de confianza en vuestro honor. Dispensad la inocente alegría de estas mis hijas, que os tratan ya como á un conocimiento antiguo.

Todos me agasajaban á porfía, llenándome de distincio-

nes y caricias. Me presentaron al profesor Dinaros, cuya fisonomía era en extremo simpática.

—¿Qué os parece nuestra capital?—me preguntó el joven Dinaros.

—Magnífica en lo que he podido ver, y eso que no he visitado aún el barrio central ó los elegantes barrios donde deben hallarse instaladas las tiendas y grandes almacenes de comercio.

—¡Tiendas! Aquí no hay tiendas ni tenderos; no tenemos más que los magníficos talleres y los magníficos almacenes de la Nación.

—Vamos, Dinaros—interrumpió el abuelo,—explicad á Cabetti los principios de nuestra organización social y política, á fin de que no sean para él nuestras cosas un verdadero enigma. No será él solo quien escuche con placer.

Los niños suspendieron sus juegos, y el joven historiador empezó de la siguiente manera:

—Ya sabéis—dijo—que el hombre se distingue esencialmente de los demás seres por su razón, su perfectibilidad y su sociabilidad. Profundamente convencidos de que no puede haber dicha ni bienestar sin asociación, formamos aquí una sociedad fundada en la igualdad más perfecta. Todos somos asociados, ciudadanos, iguales en derechos y deberes; todos participamos igualmente de las cargas y de los beneficios de la asociación, no constituyendo más que una gran familia unida por los lazos de la fraternidad. Todas nuestras leyes han de tener por objeto establecer entre nosotros la igualdad, siempre que esa igualdad no sea materialmente imposible.

—Sin embargo—interrumpí,—la naturaleza misma establece la desigualdad, dando á los hombres cualidades físicas é intelectuales distintas.

—Es cierto—respondió Dinaros;—pero la naturaleza nos da también á todos el mismo deseo de ser felices, la inteligencia y la razón para organizar la sociedad y la dicha. Por otra parte, este problema está ya resuelto, como veréis luego. Así como no formamos más que una sociedad, un pueblo ó una familia, nuestro territorio con sus minas y construc-

ciones no forma más que un solo dominio, el dominio social. Todos los bienes muebles de los asociados, con todos los productos de la tierra y de la industria, no forman más que un capital social. Este dominio y este capital pertenecen al pueblo, que cultiva y explota en común, administre por sí mismo ó por sus mandatarios, y participa igualmente de todos sus productos.

—Pero entonces, ¡éste será el anarquismo! ¡éste es el comunismo!—exclamé.

—Precisamente; y no os asustéis—continuó Dinaros.—Siendo todos los habitantes de Eudaymon asociados é iguales, es claro que todos deben ejercer una industria y trabajar igualmente; pero la inteligencia ha de aplicarse á buscar los medios de hacer que el trabajo sea menor, más agradable y variado. El capital social es el que proporciona todos los instrumentos del trabajo y las materias que han de trabajarse; luego todos los productos de la tierra y de la industria quedan depositados en nuestros almacenes públicos; el capital social nos alimenta, viste, aloja y amuebla á todos de la misma manera, según el sexo, la edad y otras circunstancias previstas por la ley. Así, pues, la comunidad, única propietaria, es la que organiza sus obreros, construye talleres y almacenes, cultiva la tierra, edifica las casas, fabrica lo necesario y alimenta, viste, calza, da habitación y mueblaje á cada familia y á cada ciudadano.

La educación es considerada entre nosotros como la base de la sociedad. Todos recibimos la misma instrucción elemental, y luego una instrucción especial apropiada á cada profesión particular, siempre elegida libremente, sin perder nunca de vista el objeto, que no es otro que formar buenos obreros, buenos padres, buenos ciudadanos y verdaderos hombres.

Tal es en resumen nuestra organización social. Ya comprenderéis ahora por qué no tenemos ni pobres ni criados, y por qué la *moneda*, la compra y la venta nos son inútiles, recibiendo todo el mundo cuanto necesita.

—Comprendo...—respondí,—pero...

—Á los *peros* contestaré más tarde—prosiguió Dinaros.—

Me falta todavía decir dos palabras sobre nuestros principios políticos.

—Veamos; ya escucho con interés, aunque sin mucha fe, lo confieso.

—Puesto que todos estamos asociados y tenemos iguales derechos, todos somos electores y elegibles. No es necesario decir que el pueblo, es decir, la reunión de todos sin excepción alguna, tiene la soberanía, teniendo el derecho de determinar, por medio de su constitución y de sus leyes, todo lo concerniente á las personas y á sus acciones, á su alimento y á su vestido, á su alojamiento y á su educación, á su trabajo y hasta á sus placeres. En la imposibilidad material de reunirse el pueblo entero, delega los poderes que no puede ejercer inmediatamente, reservándose los demás. Así, delega en una representación popular el derecho de preparar su constitución y sus leyes, y en un poder ejecutivo la tarea de hacerlas cumplir; pero se reserva el derecho de elegir sus representantes y los miembros del cuerpo ejecutivo, así como de aprobar ó rechazar sus proposiciones y actos, hacer justicia y mantener el orden y la paz pública.

» Todos los magistrados y funcionarios son electivos, temporeros y responsables, y á fin de prevenir ambiciones, los cargos legislativos son incompatibles con los ejecutivos. Nuestra representación popular se compone de diputados que deliberan en una sola Cámara, numerosa, permanente y renovada cada año por mitad. Sus leyes más importantes se someten á la aceptación del pueblo. El poder ejecutivo se renueva todos los años por mitad, y está esencialmente subordinado á la voluntad popular...

Siguió el erudito profesor refiriendo con entusiasmo creciente lo más notable de la constitución política de Eudaymon; pero dejé de oírle. Me distrajo en aquel instante la hermosa Corina, sosteniendo en voz baja una animada conversación con el amigo Eugenio, que me había acompañado á casa de Valmor aquella noche.

Y debía ser interesante la conversación que sostenían. La joven se expresaba con calor extraordinario y hasta se mostraba complacida á veces, mientras que los ojos de Eugenio

despedían rayos también, y la animación del uno solo era comparable á la del otro.

Corina preocupaba ya en absoluto mi agitado y pobre espíritu; la creí entonces enamorada de aquel rival y sentí vivísimos celos.

No quise ni pude bailar, y Corina no bailó tampoco. Al despedirme, apenas me atrevía á tocar la mano de la joven, que se apercibió sin duda de mi estado nervioso y de mis repentinas preocupaciones, pues me dió para desenojarme el más cariñoso apretón que he recibido en mi vida.

C. SOLER ARQUÉS.

(Continuará.)





DE ACADEMIA EN ACADEMIA

Bien puede encomiarse la labor de los más elevados centros de cultura de nuestra patria durante el mes actual, aun circunscribiéndonos á aquellos á los cuales puede alcanzar nuestra información rápida... La Academia de la Lengua, la Academia de la Historia, la Academia de Ciencias Morales y Políticas se han engalanado en solemnes días para recibir en su seno á tres ilustres escritores honor de las corporaciones á que pertenecen. Un dramaturgo tan genial como Sellés, un historiógrafo tan docto como Asensio y un filósofo tan eximio como Isern.

Son las recepciones académicas actos en los cuales, por el aparato de la solemnidad, por los cumplimientos que en los discursos se dirigen, por los aplausos con que el público manifiesta su asentimiento, exteriorizan una vez siquiera los trabajos que silenciosamente se verifican en el interior de tan doctas corporaciones, adquiriendo por tal motivo las sesiones académicas un carácter teatral que, si convertido en costumbre redundaría en desprestigio de la seriedad de sus funciones, erigido en fiesta permite penetrar un rayo de sol en que encendidos flotan los átomos dispersos del polvo de los archivos.

Á no ser por estas festividades, se apolillaría el uniforme y la rancia erudición de algunos académicos...

*
* *

Hecha la Academia por inveterada costumbre á oír en los discursos de recepción huecas parrafadas de ampulosa oratoria, debió sentir un estremecimiento de extrañeza al escuchar el discurso de Sellés. Debió parecer una hermosa función de fuegos artificiales, una vistosa pirotecnia retórica en que á la detonación de audaces pensamientos que subían con la rapidez del cohete descendía como lluvia luminosa una porción de multicolores imágenes.

El mismo asunto por Sellés escogido rompía con las tradicionales usanzas de aquella casa. No era la menuda investigación de oscura tesis, sino la pulsación de un tema de palpitante actualidad.

Cuando yo veía á Sellés leyendo su discurso acerca *Del periodismo*, indócil en sus ademanes á la actitud tribunicia, y sin resonancias oratorias en la voz, que diríase que mordía las frases al pronunciarlas, se avenían de tal manera las cualidades fisiológicas y las facultades psíquicas, las circunstancias del lector y el carácter del tema, que parecíame que uno y otro se imponían al auditorio por la espontaneidad de un estilo verdaderamente personal.

Después... pasada la impresión del momento, y extinguido en el aire el efímero rumor del aplauso, quizás se rebelase el ánimo de los circunstantes contra aquel panegírico de la prensa, que Sellés empieza considerando como género literario no empadronado aún por los preceptistas y concluye considerando como fuerza social dotada de incalculables energías.

No desconoce Sellés los vicios del periodismo, no ignora sus achaques, no se le ocultan sus flaquezas; mas para vicios, achaques y flaquezas tiene su misericordioso afecto una disculpa fácil. Para la parcialidad política halla remedio en la compulsión con los periódicos de distinto partido, admite como excusa de la incorrección literaria la celeridad del trabajo, y

descarga al periodismo de la culpa de la apoteosis negra del crimen hecha en sus columnas con frecuencia desoladora, imputándoselo á la nociva curiosidad de las gentes. Y en cambio de estos pecados de que á la prensa absuelve, quien como Sellés ha ejercido lo que algunos llaman su sacerdocio, halla en el periódico un freno para las incontinencias de la política y las inmoralidades de la administración, le atribuye la noble conquista de la instrucción del pueblo, y ve en la prensa una necesidad social de nuestros días.

Y todo esto lo hace en frases *esculturales*, como aquella en que retrata á su antecesor D. Aureliano Fernández-Guerra al presentarle «encerrado en su biblioteca, y se dijera mejor encerrada su biblioteca en él por lo que sabía»; como aquella en que explica el poder sugestivo de la letra de molde, «como si el pensamiento al caer en la fundición de los caracteres metálicos se purificara en su crisol de las escorias terrenales»; como aquella en que define la influencia del periódico sobre la opinión diciendo que aquél sigue á ésta «como el timón al barco»; como aquella en que lamenta la oscuridad del modesto periodista, de cuyo nombre sólo se acuerdan sus colegas al comunicar su fallecimiento, diciendo que «la ola negra del anónimo los sumerge y sólo les deja sobrenadar cuando son cadáveres»; como aquella otra en que vitupera «la lujuria oriental del adjetivo», vicio del cual él no aparece contaminado porque en su estilo, como en los cuadros de los viejos maestros, la justeza del color iguala á la elegancia de la línea y á lo exacto de la perspectiva obtenidas por el vigor del sustantivo robusto y la expresión del verbo ágil.

Éste es uno de los grandes méritos de Sellés, el que á mi juicio le abrió de par en par las puertas de la Academia. Porque el autor de *El nudo gordiano* y de *Las vengadoras* podrá ser discutido, pero el poeta en verso de aquel drama y el poeta en prosa de éste es indiscutible.

Eugenio Sellés no es un escritor *académico* en el mal sentido de la palabra (como ya ha indicado mi amigo el diabólico escritor Leopoldo Pedreira), pero es académico en el sentido de lo clásico de su dicción. Sus mismos defectos, los más salientes, los de mayor relieve son los del poeta cuya

imaginación se desborda, no del hablista cuyo lenguaje literario tiene los pliegues que admiraba Guyan en la túnica de la Polimnia del Louvre.

En su mismo discurso una censura cruel tacharía quizás frases como la de que «el siglo XVIII es un domingo largo en nuestra historia» y la de que la humanidad «viaja hoy sobre el filo de dos espadas kilométricas»; pero en estas frases que, incrustadas en rotunda versificación, son de las que aún arrancan el aplauso de las galerías, ¿quién no escucha un eco del lirismo que vibra en décimas sonoras en los dramas de Calderón, reconociendo hasta en sus propios defectos la filiación clásica del nuevo académico?

Bien hallado se encuentra en la Academia el escritor que en su discurso de recepción tuvo acentos tan sentidos para cantar «esa lengua casi sagrada» que él no sólo está obligado á limpiar y á fijar, sino á dar esplendor.

*
*
*

En la Academia de la Historia disertó Asensio acerca de Colón. Reciente la conmemoración del cuarto centenario, en que la personalidad de Colón vaciló en su pedestal al embate de pasiones iconoclastas, á la Academia de la Historia, tribunal supremo en esta clase de litigios, correspondía emitir su fallo sobre esta cuestión. Y pocas personas dentro de ella tan competentes como el autor de la *Vida de Colón* más extensa, razonada y amena que poseemos, y el eminente académico encargado de recibirle, D. Antonio Sánchez Moguel.

La figura de Colón nos la trazó el Sr. Asensio tal como yo la veo. No es en verdad hiperbólico el elogio que al discurso dirijo al señalar su conformidad con mis propias impresiones, pero á fe mía que no puedo elogiarle con más ingenuidad. «La posteridad—decía el Sr. Asensio—sólo ve en Colón el genio. Le contempla siempre sobre el puente de su carabela durante la obscuridad y el silencio de la noche, con la mirada fija en el cielo y tratando de penetrar en el lejano horizonte, ó con los ojos llenos de lágrimas de gratitud al

Supremo Hacedor al arrodillarse ante las primeras tierras de las Indias que había descubierto».

Y en esta plástica evocación de la figura del gran Almirante no admiramos sólo la grandeza del individuo, sino la magnitud del acontecimiento.

«Colón—dice el Sr. Asensio—no fué un hombre, fué una idea... Cuando un hombre condensa en su mente la idea predominante en un período histórico; cuando la abarca en su inteligencia, la perfecciona, le da vida y á ella se sacrifica con el valer del mártir de la ciencia, se llama genio, y ha merecido en todo tiempo la admiración debida á su superioridad. Fué Colón el genio del siglo XV...»

Tal creo. Genio en sus travesías por el *mar tenebroso*, entre cuyas ondas misteriosas había puesto espantables sirtes la medrosa superstición; genio antes del descubrimiento en sus travesías por el mar tenebroso de la ignorancia de su época, y genio después del descubrimiento en sus travesías por el mar tenebroso de la envidia de sus contemporáneos.

La historia de Colón requería ser escrita por uno de aquellos iluminados historiadores que aciertan á descubrir en una personalidad el símbolo de un acontecimiento. Con sentido cristiano pudiera escribirla un Fr. José de Sigüenza, que en el prólogo á su *Vida de San Jerónimo* formula la admirable teoría de los hombres providenciales. Con sentido panteístico pudiera escribirla Emerson.

Colón sería un *héroe* para Carlyle, un *suprahombre* para Nietzsche.

La contestación del Sr. Sánchez Moguel es brevísima. Seis páginas han bastado á mi queridísimo maestro para abarcar en luminosa síntesis todo cuanto hubiese sido para cualquier académico motivo de enfadosa disertación.

El saludo á Sevilla, en que la prosa gallarda toma cadencias de himno en loor de la ciudad del Betis; la semblanza del nuevo académico hecha con firmes trazos de mano maestra; el examen de la cuestión colombina que con amplio criterio deja abierta á ulteriores investigaciones, todo demuestra la alteza de juicio y la sagacidad crítica de aquel soberano entendimiento que tiene la mirada y el vuelo del águila...

Así penetra con escrutador análisis en lo que es, según yo pienso, el verdadero espíritu de los detractores de Colón: el espíritu del escepticismo dominante, esta anemia moral de la sociedad contemporánea, á quien no deslumbran las grandes ideas por faltarle el idealismo de la admiración, y que no acomete las grandes acciones por faltarle los bríos del entusiasmo...

*
* *
*

Y al llegar á estudiar el tercer discurso de recepción de los enumerados arriba, lamento que el espacio me falte para prolongar, como fuera mi deseo, el análisis de tan excelente trabajo.

Es, sin embargo, conyuntura favorable la presente para hacer notar de qué manera dos escritores tenidos en el concepto vulgar por ultramontanos, dos de los más jóvenes académicos de Ciencias Morales y Políticas, el uno merecidamente famoso por sus obras literarias, y el otro por sus obras sociológicas, personalidades ambas de alta significación dentro del partido conservador, hayan sido quienes en sus discursos de recepción hayan abordado materias más erizadas de dificultades por lo arriesgado de su tendencia, tales como la indicación de los precursores de Kant en la filosofía española en discurso acerca del criticismo y del escepticismo, y el estudio de las evoluciones sociales y los métodos en la política, mostrando los precedentes de la observación y de la experimentación como métodos aplicados á la política dentro de nuestra patria, tema aquél de memorable recuerdo, que fué desarrollado por la erudición vastísima de Menéndez y Pelayo, tema éste desarrollado en reciente y aplaudidísimo discurso por don Damián Isern.

«Y no es, señores (decía Menéndez y Pelayo), que yo deje de deplorar el triste divorcio en que suelen vivir la especulación y la práctica, no menos que el muy funesto que habitualmente existe entre la ciencia y el arte, más que por limitaciones del entendimiento humano por vicios de la cultura

tradicional y por preocupaciones de varia índole, á las cuales sólo una profunda reforma intelectual puede ser adecuada medicina.»

Diríase que estas palabras eran precursoras del discurso de Isern. La codiciada reforma intelectual en este discurso aparece. Ningún remedio para aquel divorcio lamentable como esta reconciliación de la ciencia política, hasta ahora puramente especulativa, con el procedimiento experimental, que por su aplicación á la realidad objetiva satisface «la necesidad de completar la ciencia política deductiva con las inducciones de los hechos», como diríamos transcribiendo la fórmula en que el elevado entendimiento de Isern ha cristalizado la materia de su profundo discurso.

Una cuestión ocurría al nuevo académico al comenzar este examen. Las relaciones de la política con la moral.

Atentos estrictamente al sentido ético muéstranse los políticos especulativos; atentos sólo al sentido práctico muéstranse los políticos *especuladores*.

La política y la moral son dos ramas de un mismo tronco, dice Isern, y muestra en ello su certera crítica, que sabe también devolver á una palabra su significación genuina y restituir á un principio su justo valor. Así lo hace con el término evolución, así lo hace con el método experimental.

La ley histórica de Hegel (*Entwicklung*) pasó desfigurada á los adeptos del colectivismo por haberla tomado Carlos Marx. El método experimental había sido llamado por Comte y Donnat, Spencer y Bain método positivo. No necesitaron más los pusilánimes para rechazar con santo horror la teoría de la evolución, que se impondría con la fuerza de los hechos aunque Hegel no hubiese existido nunca, y el método experimental, impuesto por la necesidad anteriormente al positivismo.

La historia comprueba la teoría de la evolución. Isern lo muestra en brillantísimos períodos en que desfilan pueblos y civilizaciones, no al modo, como sucede en los discursos de un célebre orador que semejan cabalgatas históricas de las que dispone el municipio para diversión de forasteros, sino con un profundo y exacto conocimiento de las épocas

históricas, del carácter de las instituciones y del temperamento de los personajes, encuadradas las instituciones en la adecuada perspectiva y presentadas las figuras con el esbozo natural.

Marca después el doble carácter que debe tener la política, como toda ciencia práctica, en cuanto debe conocer lo permanente y lo variable de las sociedades, de las naciones y de los Estados. Pero antes de que cualquier espíritu superficial le tachase de positivista por las declaraciones anteriores, hechas con alteza de miras, ya aparece en hermosos períodos la afirmación del elemento esencial de la libertad, que asimila la política á las ciencias morales, como el determinismo la asimila á las ciencias físicas, apareciendo las dos actuaciones de la sociedad, la una con sujeción á leyes nunca infringidas, las que llama Comte leyes inevitables de la evolución del humano linaje, y la otra obediente á los mandamientos del orden moral; causas ambas que influyen en las modificaciones de la vida política, especulativa y práctica á un tiempo, contra lo que pretenden (según palabras elocuentes del docto académico), «así los secuaces de la escuela abstracta de la revolución francesa, como los que quisieran vestir la ciudadanía española del siglo XIX con el traje de los súbditos de Carlos V y Felipe II».

La aplicación de la política inductiva á la gobernación de los Estados es el fin claramente propuesto por Isern, dentro de la limitación que impone al uso de aquel método con carácter complementario. En este sentido el concepto de Isern sobre la invención puede añadirse al concepto de Fouillée, que la llama vista á distancia, al de Gratry, que la llama procedimiento infinitesimal, al de Schopenhauer, que la denomina intuición múltiple, y al de Apelt, que en *Die Theorie der Induction* encuentra que la inducción constituye el centro en el cual pueden concertar la especulación y la experiencia.

Del mismo modo que tan fundadamente depura la significación del método experimental en la política, exime á éste de la nota de innovación audaz que pudiera hacer recaer sobre él el rutinario escrúpulo de los empíricos, que lo re-

chazan, enfrente de la ciega pasión de los positivistas, que quieren convertirlo en provecho exclusivo.

Y basado en textos de sólida erudición, de primera mano, muestra verdades inducidas de los hechos por Aristóteles con análoga forma á Spencer; y dentro de nuestra patria, del mismo modo que Menéndez Pelayo reivindica en el citado discurso para la filosofía española los precedentes del criticismo en Luis Vives, en Francisco Sánchez y en Pedro de Valencia, restituye á la ciencia política española aquel sentido que inspiró á Mariana en el prefacio de su obra *De rege et regis institutione* y á Saavedra Fajardo en su *Idea de un Príncipe político cristiano*, y á Peñalosa y Zúñiga en su libro de *La Monarquía*, calurosa defensa del antiguo régimen, descubriéndose por tales vestigios la directa intuición de la necesidad de aplicar la inducción á los hechos, que es como únicamente puede entenderse la trasformación de la ciencia política.

¡Qué hermoso para nosotros poder cimentar en el pasado la ciencia política del porvenir!

¡Y qué grato para mí terminar este sucinto análisis de un trabajo leído hace pocos días, y que, sin embargo, tiene ya, por virtud de su intrínseco mérito, la patina de las clásicas enseñanzas, señalando con certidumbre en el autor de este notabilísimo trabajo uno de los pocos políticos nuevos que demandan con urgencia las necesidades de la patria! ¡Qué consolador espectáculo el de la recepción de Isern, cuando, á medida que el tiempo transcurría durante su lectura elocuente, desvanecía en el sitial académico la figura del Padre Zeferino, su glorioso antecesor, de quien ha hecho en el exordio de su discurso la mejor semblanza, y se destacaba la figura de su ilustre heredero ostentando la nobilísima ejemplaridad de sus méritos, de sus tres lustros de vida periodística, que pregonan sus timbres de escritor preclaro, y sus aplaudidos discursos, que han de llevar el eco de su elocuencia hasta el Parlamento, y sus libros de política, á los que las revistas más acreditadas tributan las alabanzas más justas; la figura de Isern, con sus arrogancias de hondero balear, que, si no lucha con las tribus guerreras de sus islas, lucha con las

tribus de partidos pseudo-religiosos, y con su laboriosidad de benedictino, encerrado continuamente en su gabinete de estudio, donde á fuerza de ahorros y privaciones ha logrado reunir una selecta y copiosa librería, entre cuyos estantes, cubiertos de volúmenes, abre siempre para sus amigos la cátedra amable de su conversación, y donde han trascurrido para mí horas inolvidables!...

Isern será, como decía el fogoso tribuno D. Alejandro Pidal en su elocuentísimo discurso de contestación, uno de los soldados de fila de la vanguardia de la Iglesia, un héroe oscuro del periodismo, un humilde hijo de sus obras; pero sus obras le han granjeado el renombre de maestro; en sus oscuras campañas de periodista brilla un ingenio luminoso, y el soldado no lleva ya en la mochi'a sino cruzada al pecho la banda del caudillo. Con menos pedestal se alzan muchas estatuas; con menos merecimientos hay muchos ministros...

ANDRÉS OVEJERO BUSTAMANTE.





LAMBERTITO (1)

Julián, soldado curtido en las rudas faenas de la mar, no puede permanecer inactivo, y más de una vez se ha levantando para ayudar á empujar y demostrar que allí, como en ninguna parte, puede estar ocioso. La hora de la comida suspendió el embarque, pues el vapor no terminaba la carga, y Julián pasó por la palanca á la cubierta del vapor. Allí se reunió con un camarada, y sentados á la sombra del toldo de popa, encendieron un cigarro.

—Dentro de pocos días, Mariano. No he querido que mis zmos creyeran que en medio de la batahola que llevamos con el embarque pedía permiso para casarme cuando más falta hago realmente. Así, lo he dejado para cuando terminemos estas partidas.

—Creí que tenías tú tanta prisa como Rosario.

—Te diré que sí; pero también te he dicho que para mí era antes el cumplimiento del deber que la vocación del matrimonio. Oye tú, *Mileta*, aquí estoy.

Esto dijo llamando á un muchacho que entró en la cubierta como buscando á alguien. El muchacho se dirigió á Julián y le entregó unos papeles.

(1) Véase la página 518 de este tomo.

—¿Te lo ha dado el amo?

—Sí, señor, y que ahí va una carta para usted.

Julián rompió el sobre, y en el interior aparecieron algunas facturas y listas de embarque, y entre ellas una carta con sello del interior.

Antes de abrirla, Julián le dió la vuelta, mirándola. No podía comprender de quién sería, pues estaba escrito con maquinilla de escribir. Rompió el sobre y, abriéndola, halló que igualmente iba escrita á máquina. Aquellas letras azules le hicieron pensar en algún pedido en el comercio, y se fijó en la firma que decía: *Una persona honrada*.

—¡Vaya una razón social!—se dijo riendo.

Se puso á leerla, y su moreno semblante se demudó paulatinamente, y al terminar la lectura no dijo nada, la dobló y quedó pensativo.

—¿Alguna mala noticia?

—No—dijo Julián casi con indiferencia.—Un encargo fastidioso de un amigo. Vaya, hasta luego.

Julián salió de la cubierta, bajó á tierra, y con calma se fué á un figón inmediato, en donde entró y pidió al dueño un café y una copa que se hizo servir en la parte alta del establecimiento, desierto en aquella hora; quedó con la cabeza apoyada en las palmas de las manos. Sirviéronle, y poniendo el azúcar, quedó contemplando las burbujas que sobre la superficie del humeante líquido se formaban y rodando se escapaban al borde del vaso, deshaciéndose lentamente. Aquella mirada, fija en el voltear de las burbujas, indicaba uno de esos estados de inconsciencia aparente y que no son sino resultado de una honda preocupación que nos abstrae de cuanto nos rodea, y de tal intensidad que muchas veces nos produce hasta la sordera, sin oír ruido alguno, ni nada de cuanto en nuestro derredor sucede.

Julián volvió en sí á poco, y agitando nerviosamente el líquido se sirvió, después de tomar una cucharada, una copa de ron, que sorbió ligeramente, y de nuevo clavó la vista fija y tenazmente en la escueta arboladura de un trasatlántico anclado lejos del café y cuyos palos parecían querer cerrar aparentemente la ventana con una reja. Suspiró pro-

fundamente, y sacando la carta del bolsillo la extendió sobre la mesa.

—¡Y por más que hago no puedo devolverme la calma y la tranquilidad! Y ello es cierto, la gota del veneno ha penetrado en mi corazón, y aun cuando desprecio el anónimo, lo supongo una calumnia, pero... allá en el fondo me queda la duda, la duda nacida con esta carta criminal, asesina de felicidades, engendradora de la sospecha. Yo la desprecio, sí, pero... no, no quiero creerlo, es una infame mentira, una vil calumnia.

Y diciendo, descargó un puñetazo sobre su muslo diciendo:

—¡Ah, si yo pudiera hacer hablar á este papel, saber de dónde ha salido y poder coger á este asesino de honras, me parece que pronto estaba terminado todo!

Y clavando la vista sobre el papel leyó por segunda vez su contenido.

«Eres un criminal, Julián, tanto ó más que el falsario amigo tuyo, el marqués. Sabes sus enredos amorosos con una viuda que vive en la calle de Balmes, y que entra todas las noches en casa del marquesito, y lo ocultas á la infeliz Luisa, á quien va á hacer víctima de su vida licenciosa. Lo sabes y lo ocultas á tus protectores. ¿Es, sin duda, para no descubrir que tú eres cómplice en sus aventuras y pudiera saberlo Rosario? ¡Cuán astutos sois los criminales para encubriros mutuamente! Si tú no eres cómplice, averigua y salva á una inocente, y demuestra que eres honrado y sabes corresponder á tus protectores. Por hoy no te dice más

Una persona honrada.»

—¿Que yo soy cómplice, que el marqués anda enredado en vísperas de casarse? ¡Mentira, villano autor de este veneno con que quieres amargarme! ¡Mentira una y mil veces! El marqués no es un villano como tú, ¡calumniador, víbora infame! Pero... ¿y si esto fuera verdad? No, no puede ser... pero cuando menos has hecho nacer en mi pecho la duda y la duda es un veneno que ya ha penetrado en mi corazón, y ésa me mata. ¿Qué hacer? Si mañana resultara cierto y la

señorita fuera desgraciada, ¿quién sería el responsable? Yo, yo que nada dije pudiendo haberlo averiguado. ¿Y tendré que ser espía, tendré que celar los pasos al señorito y hacer ese infame papel? Pero ¿y la infeliz Luisa, si fuera cierto? No, lo seré por ambos, lo seré por bien de todos, y hasta verdugo para matar al vil calumniador que esto ha impreso, impreso con maquinilla para borrar toda huella. Teme el que esto escribe que pudiera conocerse su letra, luego es un infame calumniador, un vil cobarde, rastrero, á quien quisiera tener bajo mi pie para estrujarle, pisotearle como un escorpión, que arteramente ha venido á sembrar la duda en mi ánimo y la sospecha en una amistad leal. Pero, ó yo he de poder poco, ó he de arrancar el secreto á este papelinmundo, yo he de sacar de entre sus letras al autor, á esa persona honrada... ¿Y si fuera cierto cuanto se dice? Entonces ya no creía en nada, ni en amistad ni en la honradez de nadie; no, no creería ni hasta en el amor de Rosario, no creería ni en mí mismo.

Julián quedó como anonadado ante aquella lucha que se había entablado entre la duda y su honradez; no se dejaba vencer, pero aquélla, como la gota de agua, caía en su corazón hiriendo sus sentimientos de hombre honrado, de generoso y magnánimo corazón.

Largo rato permaneció silencioso; el café se había enfriado y la copa permanecía intacta; abstraído en aquella interna lucha, ni sabía qué hora era, ni que la obligación le llamaba. El agudo silbato del vapor que escapaba de una locomotora que avanzaba avisando y adelantaba haciendo trepidar el suelo con su pesada cola de vagones, le hizo volver á la realidad. Despertóse como de un sueño y levantóse apresurado.

—Estoy faltando en mi puesto—y bajó veloz la empinada escalera del café.—Ahí queda eso: mañana pagaré, no puedo detenerme.

—Vé con Dios, hombre—dijo el dueño.—Algo le pasa á Julián; va hasta pálido. ¿Si se habrá puesto malo?—se dijo al mismo tiempo que sacaba los platillos del azúcar y colocaba en ellos los terrones para el servicio.

Julián volvió al caballete, y aquella tarde ni se movió de su puesto, ni dió órdenes, ni inspeccionó la carga; bien puede decirse que su cuerpo estaba en el sitio de la obligación, pero no su alma: situación de ánimo que hasta los trabajadores observaron, por no ser aquella inacción y pasividad la manera de ser de Julián.

Terminó el trabajo, y aquél, casi sin decir buenas tardes á los capataces ni echar el párrafo acostumbrado, encaminando su paseo al almacén, tomó el primer tranvía que pasó con ánimo de llegar cuanto antes á su casa.

La buena anciana le esperaba con la mesa puesta, y alegre y satisfecha, dando gracias á Dios de aquella felicidad que disfrutaban gracias á las buenas almas de los amigos y á la honradez de Julián. Llamó la atención de Ángela el semblante y seriedad de su hijo; pero creyó que algún disgusto con los carreteros ó peatones ocasionaba aquel enojo, y no dijo nada. Sentáronse á la mesa, y Julián no se sirvió.

—¿Estás enfermo?—se atrevió á preguntarle su madre.

—Sí, señora; enfermo del corazón. Me han clavado una espina muy dolorosa en él y me duele sin descanso.

—¡En el corazón! ¿Qué ha sido, hijo mío? ¿Estás herido? ¿Has tenido alguna cuestión?

—No, señora—contestó riendo tristemente.—¡Ojalá me hubieran herido, pues que entonces sabría quién era el autor! Me han herido, no, mejor dicho, nos han herido, pues á usted también le llega; nos han herido desde la sombra.

—¿Qué pasa? Habla claro, no me mates con la duda.

—No se asuste usted, madre.

Y Julián sacó el anónimo, que leyó á su madre. Al terminar, un silencio de muerte reinó en el cuarto. La pobre anciana se repuso más pronto.

—¿Y eres tú quien hace caso de ese papel inmundo, de esa asquerosa calumnia, pues eso es una calumnia, hijo mío, no lo dudes, de esa cobarde puñalada dada por la espalda al señor marqués? Vamos, te hacía más hombre. Cena y desprecia ese papelucho.

—¿Y la duda que han sembrado en mi alma, madre mía? Y si fuera verdad, ¿qué me restaba á mí, ni qué ni por qué

creía ya en nada? ¿Qué era la protección del marqués más que un cebo para engañarme y después, des...

La anciana se había levantado ligera, y su mano, puesta sobre la boca de su hijo, no le dejó terminar la palabra.

—¡Calla, y si tal crees, no me lo digas, pues entonces diré que el que ha escrito ese papel conocía tu corazón, y entonces eres tú tan malo como él, pues das entrada en tu corazón á los malos pensamientos! No, hijo mío, no; es una calumnia para apartarte de su cariño, para que pagues el bien que te ha hecho con la sospecha y empañes el agradecimiento con la duda, que es un puñal envenenado. Eso no lo puedes creer tú, y si lo creyeras... te mando que deseches ese pensamiento; eso es mentira, eso es una infamia contra el nombre de D. Alfonso, y tú serías en ese caso más criminal que el villano que eso ha escrito.

Julián, anonadado por la energía de su madre, callaba, y aquellas palabras enérgicas de la anciana caían en su pecho como una fresca lluvia que apagaba su enardecida frente.

—Es verdad, madre; tiene usted razón; pero ¿cómo arrancar de mi alma el veneno que esa carta ha metido en ella, esa duda de si será verdad?

—Creando en Dios, elevando tu mirada al cielo, confiando en que Él, que nunca deja de proteger á quien procede con honradez. ¿Tiraría el autor de la carta la primera piedra si á juicio le llamaran contra el marqués? ¡Ah, hijo mío! Una madre te asegura, y una madre nunca se equivoca en esos juicios, que no, que no sería él tan sin culpa que pudiera tirar la primera piedra. No creas en el mal, cree en el bien, que ése nunca te llevará á la perdición, pero sí á ella te puede encaminar el pensar mal, el culpar al prójimo sin pruebas. Arroja de tu pecho la duda y pisotea ese infame papel, que debes despreciar como yo desprecio, por infame, vil, pérfido y miserable, como obra del traidor que hiere en la sombra.

Las palabras de Ángela llevaron consuelo al ánimo de Julián, cuya vista se había ido animando.

—Tiene usted razón, madre: tal infamia en el marqués

no cabe. Engañarnos á todos sería más criminal que clavar en el pecho de la señorita Luisa un puñal.

—La obra del cobarde, hijo mío, es siempre hija de la envidia. Ese papel es de algún envidioso de la felicidad de todos nosotros, y con esa basura quiere ensuciar el agua cristalina de nuestra dicha y agradecimiento. ¿Ya estás tranquilo?

—Sí, madre, tiene usted razón: el desprecio es la moneda con que se debe pagar la traición. Fuera de nosotros toda sospecha, y ese papel al fuego.

—No; dámele, yo le guardaré; algún día pudiera servir para descubrir al traidor que ha querido herirnos y hacernos dudar de un amigo y protector tan noble como generoso. No hay que destruir la prueba: yo la guardaré y dejemos al tiempo y á la Providencia, que nos ayudará, el descubrir al culpable. Ahora, hijo mío, no volver á acordarnos de este papel y procurar pronto por que el casamiento del señor y el tuyo sean la terminación de toda duda y sospecha.

Pasaron algunos días. Julián no había vuelto á acordarse de aquel anónimo, é iba publicada ya su segunda proclama en el púlpito de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles. Todo presagiaba la dicha que ansiaban aquellos cuatro jóvenes. Julián, fuera de las horas de obligación, hacía sus visitas á Valencia acompañando á D. Rafael y su familia; allí encontraba muchas veces á Alfonso, y entonces, ¿por qué no decirlo? entonces se presentaba ante su mente aquel papel fatal, y la duda, la sospecha se aparecía entonces haciéndole sentir su amarga influencia. Pero nada observaba que pudiera hacer tomase cuerpo aquella duda: Alfonso era siempre el mismo, franco, leal y espontáneo en sus cariñosas manifestaciones y protestas de amistad. Ello es que Julián, aun cuando no quería ver aquella sombra, así como en un momento de mareo se presenta ante nuestra pupila un punto negro que pasa y pasa con lenta marcha y luego desaparece, aquélla surgía, se presentaba y desaparecía como arrojada por las palabras de Alfonso y la alegría que reinaba en la casa. Algunas veces se encontró con Lamberto, y hasta allá, en el fondo de su alma, tuvo conatos de consultarle lo del anónimo y nunca se decidía. Le veía tan afectuoso y cariñoso en Al-

fonso que se decía: «Sería amargar la alegría de D. Lamberto llevando la sospecha también á su ánimo; callemos, sufra yo, y que nada sepan los demás.»

Así se iban pasando los días y acercando el del matrimonio y también Junio con su espléndida estación. Ya casi no se acordaba Julián de aquel papel que tanto daño le hizo, cuando un día, al entrar en el despacho del almacén, halló sobre su mesa una carta del interior. Dióle un brinco el corazón y trémulo la abrió: era otra de la *persona honrada*. Una nube pasó por sus ojos y tuvo que apoyarse en la mesa; la acercó á mis ojos y leyó.

«Ha sido inútil mi aviso: le despreciaste y con ello me he convencido de que eres más despreciable aún que el marqués. Esto me indica que estás enterado de todo y eres cómplice de aquél. Nada me importa de los verdugos, pero velaré por la víctima y avisaré á Luisa de cuanto ocurre y de la cual eres tú el cómplice.—*Una persona honrada.*»

—¿Otra puñalada de la misma mano? Estoy decidido; obraré; nada diré á mi madre. Silencio y buscaré la confirmación de esta calumnia. Así podré decirle á la señorita, pues dice que la avisará, que todo es mentira, que todo es calumnia. ¡Pero, Dios mío, dejadme encontrar á esa mano vil y criminal! Yo os lo pido de rodillas. ¡Ah, entonces ni con más sangre que agua tiene el mar satisfaría mi venganza!

Julián calló y dando vueltas al papel de las letras azules, le dobló cuidadosamente y le encerró en el cajón de la mesa.

—Esta noche, á ser espía, á ser un mal amigo, un infame que cela al que le ha dado el pan: así sabré la certeza de la calumnia, y quedaré tranquilo. Así, cuando me pregunte doña Luisa, le diré: ¡mentira, calumnia vil, pues que he observado y celado y todo es falso, inicuo y criminal! Ahora calma y que mi madre nada sospeche.

Salió del despacho y entró en su habitación, tomó el sombrero y, despidiéndose de su madre, le dijo que tardaría en

volver, pues tenía que hablar con los principales y subir á Valencia.

Así lo hizo, encaminóse á la calle de Balmes y esperó paseando y espiando la casa cuyo número se le había indicado en el primer anónimo. Ya eran las nueve cuando salió de aquélla una mujer vestida de negro que tomó la calle sin vacilación. Siguióla á lo lejos y, después de atravesar la calle de Caballeros, se metió resueltamente en los tranquilos barrios del Carmen. Julián sentía el palpar de su corazón y sudaba angustioso, temiendo la proximidad de la casa de Alfonso.

Aquella mujer, debajo de cuya mantilla se apercibía un bulto cual el de una cestita, llegó resueltamente al portal de la casa del marqués y penetró decididamente. Julián corrió y aun pudo verla subir por el segundo tramo sin recatar el rostro, que pudo apreciar era agradable.

Quedó como asustado, nada se dijo y sólo se contentó con mover la cabeza como diciendo: ¿Luego es cierto? ¿No me engañaba el anónimo? Peor es la certeza mil veces que la duda. ¿Y si esa mujer no fuera á la habitación de don Alfonso y sí á alguno de los otros pisos? En fin, doloroso es, pero la duda se ha convertido en realidad.

Y quedó paseando por la acera de enfrente.

—Ahora veremos cuánto tarda en bajar.

Y siguió paseando como indiferente ante los pocos transeuntes que por aquel barrio transitaban en aquellas horas.

No habían transcurrido quince minutos cuando apareció en la escalera la enlutada mujer y, despidiéndose del portero, salió tranquilamente, tomando el mismo camino por el que vino.

—¿Para qué seguirla? Me basta por hoy. ¿Qué diría ahora mi madre? Ella es demasiada buena para creer en tanto mal. ¿Te has convencido, Julián? No, no me basta esa prueba; yo inquiriré, pues aun cuando las apariencias matan, mi corazón no se quiere convencer. Paciencia, calma y observar. Ahora no vuelvo al Grao sin saludar á los señores.

Julián atravesó la ciudad y llegó á casa de los señores de Alloza.

—¿Qué ocurre, Julián? ¿Tú en la ciudad á estas horas?

—Si, señor don Rafael; he venido para hablar con mis principales, y no he querido volverme sin saludar á ustedes y á la señorita Luisa.

—¿Y á mí no, Julián? replicó Alfonso, á quien la luz de la lámpara no llegaba por la sombra de la pantalla.

—¡Ah! Perdone usted, señorito, no le había visto. Y por cierto que pensé pasar á saludarle esta tarde cuando vine, y no pude hacerlo.

—Un viaje te hubieras perdido, Julián—repuso sonriendo Alfonso.—No estaba en casa.

—Lo supuse, y quería ir allá si no le encontraba á usted aquí, como... suponía.

—Salí de casa esta mañana á las doce, y no he vuelto todavía.

—No lo creo—dijo Julián.—¿Usted sin dar una vueltecita por su despacho, que tanto cariño le tiene?

—Pues es la verdad, Julián; llegó aquí cuando nos sentábamos á la mesa, y ha comido con nosotros y no ha salido en toda la tarde. Con papá y D. Venancio se ha entregado toda ella al juego, ¡al horrendo vicio!

—Me estoy haciendo muy casero, Julián, casi tanto como tú, á quien no se le ve el pelo.

—Es verdad: no salgo del almacén...

—Sino para ir á ver á Rosario, ¿verdad?

—Y es muy lógico que así lo haga—añadió D.^a Carolina.

Julián andaba como desconcertado. ¿Cómo compaginar lo del anónimo, ver á la mujer entrar y salir en la casa y no estar Alfonso en ella á dicha hora?

Permaneció algunos minutos, y como era ya la hora de salida del último tranvía, se despidió y salió de la casa.

—¿Cómo se explica esto? La mujer ha ido. ¿Va todas las noches? No lo sé. Ha salido á los pocos minutos, no estaba el señor; luego en la casa son cómplices. Y si sabía que iba, poco entusiasmo tiene por verla. No se va con cualquier pretexto y está muy tranquilo en casa de su novia... Vamos, ó no lo entiendo, ó sigue la calumnia sin desvanecer. Calma, calma y seguiré observando: lo que he visto no me convence, necesito ver tan claro como la luz del sol. Seguiré el

consejo de mi madre: cuando la evidencia del crimen me aplaste, creeré; hasta entonces, dudo y dudaré, lo tendré aún por calumnia.

Aquello que había visto derrocado por la evidencia en casa de Luisa, le puso en tranquilidad completa, y casi cantando subió al tranvía muy tranquilo y satisfecho; no podía convencerse del mal, y cualquier incidente le inclinaba al bien.

XXIV

PRUEBAS ERRÓNEAS

Pasaban los días, y Julián, celoso en el cumplimiento de lo que él llamaba un deber, seguía en horas á propósito celando y vigilando la vida de Alfonso. Encerrábase cada día más en no dejarle, sin que aquél se apercibiera, y por último, por sus ojos le vió entrar una tarde en casa de Matilde. Julián permaneció largo rato espiando; penetró en la mezquina escalerilla, subió por ella y estuvo escuchando en algunas puertas. Por último, en el piso tercero oyó la voz de Alfonso, y en su misión de espía hasta miró por la cerradura. Nada veía por el ojo de la llave, pero husmeando encontró una rendija en los mal unidos tableros, y por ella miró y escudriñó el interior de la habitación.

Alfonso estaba en pie y de espaldas, con el sombrero sobre una silla, y enfrente á él, viéndosela perfectamente, pues estaba frente á la puerta, aquella mujer sospechosa para Julián. Era joven y no mal parecida, aun cuando lo demacrado de su rostro le daba una apariencia interesante por el dolor que expresaba; tenía cogido de la mano un niño que contemplaba á Alfonso con ese inquisitivo mirar de los niños ante una persona desconocida. Alfonso hablaba y levantaba en su mano derecha unos papeles, en tanto que aquella mujer enjugaba sus ojos, de los que escapaban las lágrimas.

—Le da sin duda la absoluta, y por eso llora;—se decía Julián mirando y clavando su cara contra la madera.—No

entiendo lo que dicen, pero... ¡demonio! Ahora le hace besar la mano del marqués al chiquillo. Eso será que le pide que no los deje, y procura la madre convencerle por medio del ruego del muchacho. ¡Debe ser lagarta y conocer á Alfonso esa mujer! Y no se deja besar la mano, y en cambio besa al niño. Vamos, se enternece y esa mujer le vencerá. Y le da los papeles; ¿será alguna pensión que le señala? Anda, y ahora le entrega billetes del Banco: lo malo es que desde aquí no puedo ver de cuánto son, y ella los rechaza. ¡Ya, le parecerán pocos! ¡Demonio de vecino, ó quien sea!

Y rápidamente bajó la escalera, pues oyó que alguien subía y no quería ser sorprendido. Salió disparado, sin fijarse en un pobre cojo que era el que lentamente iba subiendo por la angosta escalera.

Una vez en la calle respiró, como si el papel infame que había estado haciendo pesara sobre su conciencia, respiró con ansia y á paso largo escapó de la calle. Ya estaba cerca del Mercado cuando se creyó libre de aquella sugestión y se detuvo.

—Lo que es ahora sí que no lo negarás, conciencia de mi alma. La duda ya no es posible; claro y evidente es que á ella buscaba y con ella tiene cuentas, cuando paga. Y que hay chiquillos de por medio, tampoco lo negarás. ¿Lo has visto? Y hasta darle tiernos besos de cariño ó de despedida. Vamos, Julián, que ya no te cabe duda. La has visto entrar en la casa del marqués cuatro noches con intervalos de hora, de diez á doce minutos, pero nunca después de las diez. Que las visitas son cortas no lo niego; pero lo que no me explico es cómo, visitándose, tiene tanto descaro ella para presentarse tan osadamente en lá casa, y él en permitirle entrar. Bien pudieran haber elegido otro punto y guardar cuando menos las apariencias. Ahora sólo me resta averiguar quién es esa perra de mujer, que así le ha trastornado hasta el punto de visitarla á las tres de la tarde, y en una calle en donde todo se observa. Calma, calma, Julián, que todo se andará, y lo mismo que el nido y las visitas, averiguarás el nombre.

Estaba llenando una lista de embarque una mañana, cuan

do, entrando el portero, le dejó el correo sobre la mesa; entre cartas comerciales apareció una del interior con la consabida letra de máquina y la inocente tinta azulada.

—Ya estamos en campaña—se dijo, abriéndola casi con burla.—Veremos qué nuevas nos trae la *persona honrada*.

«Amigo Julián: Supongo que no habrás despreciado mi aviso y que conocerás ya á la prójima, pues te vi entrar en su casa en ocasión en que en ella estaba tu amigo Alfonso. Pero como supongo que de esos trapicheos tú tampoco estarás libre, y por tanto no serás delator de cosas que pudieran salirte á la cara, he creído un deber de conciencia el avisárselo á D.^a Luisa, decirle lo que ocurre y que en el día de mañana no se llame á engaño. Le advierto que tú estás enterado de todo, que la conoces y sabes dónde vive y las visitas que se hacen. Comprendo que con ello te meto en un lío; pero qué quieres, la amistad obliga á ello, á que los cómplices sufran las consecuencias. Tú ya te lo arreglarás con Luisa, y ahora es ocasión de demostrar tu talento y política para engañar á aquella inocente.

»¿Has visto por casualidad un regalo que ha recibido el marquesito en estos días? Visítale y verás qué de nuevo encuentras sobre su mesa de despacho.—*Una persona honrada*.

—Una pupila de un presidio debieras ser tú, canalla más que canalla, persona vil, cobarde y artera que de tal suerte vienes á herir mi conciencia suponiéndome cómplice, y asesinar con tu carta á la señorita Luisa. ¡Ah, si pudiera cogerte entre mis manos! ¡Cobarde, que así traidoramente metes el puñal en el pecho de un ángel. Y ahora, ¿qué hago yo? La señorita me preguntará, tal vez me enseñe la carta... y entonces ¿qué le digo? Miento; entonces me hago cómplice y ayudo á engañarla. ¿Le digo la verdad de cuanto he visto? Entonces la mato, sí, la asesino con la certeza. ¿Qué hacer, Dios eterno, en esta situación?... No hay duda, no, esa persona honrada es un criminal, un asesino que hiere en la sombra: pase el decirme lo que me ha escrito, pero no le perdono el golpe que le ha dado á la señorita Luisa. Lo que es yo no voy, no me presento, y así excuso

el que me pregunte, pero... lo que es á casa de D. Alfonso voy esta tarde; quiero cerciorarme de la verdad, averiguar cuál es el regalo que le han hecho é interrogarle de una manera que no pueda sospechar nada. Y cualquier cosa daría por saber lo que dice ese bandido en el anónimo á la señorita. Hay que estar prevenidos por si ella, que sí lo hará, en cuanto me vea, me pregunta.

Julián quedó pensativo, con esa mirada fija en un detalle, el más pequeño, y que señala de una manera evidente la abstracción en que nos hallamos sumidos. Julián contemplaba á una hormiga que afanosa pugnaba por arrastrar una miga de pan que había sobre la mesa. La veía dar vueltas y arrastrar aquel volumen dos veces mayor que su cuerpo y seguía con un interés aparente aquellas evoluciones que tanto parecían preocuparle. No obstante, aquello no era sino una paralización de su vida; ésta se había concentrado en el pensamiento y accidentes de la denuncia, y combinaba una serie de contestaciones, amalgamando la verdad con la mentira, con el fin de no ensanchar la herida que en el corazón de Luisa habría producido aquella vil puñalada tan vilmente asestada. Largo rato permaneció con la cabeza entre las manos; por fin levantóse y terminó febrilmente el trabajo del día, y apenas eran las cinco cuando, saliendo del almacén, tomó el primer tranvía que pasó y llegó á Valencia.

Pocos momentos después llamaba en la puerta de casa de Alfonso y pasaba al despacho. Alfonso estaba terminando una carta cuando penetró en la habitación Julián.

—¡Hola! ¿Tú por aquí? Espera un momento; siéntate.

—No se moleste usted, y continúe.

—Ahí tienes tabaco; echa un cigarro.

Y Alfonso con la mano indicó la caja que estaba sobre la mesa de los periódicos.

Julián tomó la caja y lió un grueso cigarro, encendióle y se sentó en un sillón, observando la mesa para ver qué novedades en ella encontraba. De pronto fijóse su vista en un objeto de arte, en el que, ó no había reparado antes, ó era nuevo en la casa. Era aquél un hermoso crucifijo de marfil, sobre cruz de ébano, no de muy gran tamaño, pero de se-

lecta escultura. Fijó en él su mirada y se dijo: ¿será éste el regalo?

Alfonso, que había terminado la carta y levantado la vista, sorprendió á Julián contemplando la escultura.

—¿Te gusta, Julián? Mírale bien, que es una alhaja.

—Sí, señor; es un crucifijo hermoso, y antiguo me parece.

—Es una buena obra.

—Buena compra ha hecho usted; pero así se lo habrán hecho pagar, pues esos comerciantes de cosas viejas saben lo que llevan entre manos.

—No lo creas, me ha costado muy barato. Sólo me cuesta el agradecimiento á la buena señora que se ha empeñado en regalármele.

—¡Ah! Vamos, es un regalo... y de una señora.

—¿Qué te creías, Julián? De una señora viuda, joven y no mal parecida. ¿Qué te parece?

—Muy bien, muy bien—respondió Julián, no sabiendo qué contestar y como aturdido ante aquella confesión.

—Sí, señor, de una viudita muy agradable, que se ha empeñado en que aceptara ese recuerdo de su marido.

—Algún favor muy grande ó mucha protección le dispensará usted cuando de esa joya, recuerdo de su marido, se ha desprendido.

—Lo que he hecho en su favor no vale la pena; pero es una señora dignísima y muy agradecida. Yo no lo quería aceptar, pero, so pena de pasar por un orgulloso, tuve que aceptarlo; y lo siento que se haya desprendido de tal joya esa pobre señora.

—No debe usted tener escrúpulos; eso prueba lo mucho que le estima y quiere esa señora—añadió Julián como insistiendo en la frase y clavando su vista en Alfonso, quien nada dejó traslucir.

—No, ya te lo he dicho; un agradecimiento superior en mucho á lo que he hecho en su obsequio. No hace muchos días lo estuvo observando Lamberto, y quedó encantado de esa obra artística. Mañana por la noche tengo pensado el llevárselo á Luisa para que le vea y también D. Rafael, que

tan entusiasta es por las obras de arte. Les he contado la historia del Cristo, que por cierto es una pasión para la pobre dueña de esa alhaja, y la pobre Luisa y su madre lloraron al contarles los detalles del sufrimiento de esa pobre viuda, que les he ofrecido presentar para que la conozcan y les dé las gracias por la protección y amparo que le han dispensado.

Julián escuchaba como aturdido las palabras de Alfonso. No podía comprender tanta osadía en publicar aquella amistad con una mujer de la que ignoraba enterado á Julián. Éste, por su parte, veía confirmado cuanto en los anónimos se le decía: la mujer existía; que la visitaba no podía dudarlo; que el regalo era un hecho, allí estaba, sobre la mesa, y no oculto; que aquella mujer le debía favores, él mismo lo confesaba, y con detalles como los de mujer agradable y aun hermosa. ¿Necesitaba más pruebas después de la explícita manifestación de Alfonso? No; pero lo que no comprendía era aquello de llevarla á casa de Luisa, la protección que le dispensaban, y tan sólo como obra de un refinado cinismo, como política de la más corrompida perversión, el hacer intimar á aquella mujer con la que iba á ser su esposa. ¿Sería aquello una manera de borrar toda sospecha y de esta suerte poder engañar impunemente á Luisa, alejando cuanto aquella amistad con una mujer joven pudiera dar lugar á la sospecha? Todo podía suceder: tanto llevaba aprendido Julián en el conocimiento del mundo, que no le extrañaba una felonía semejante. Pero... ¿hubiera creído nunca á Alfonso de tan artera conducta, de tan corrompida índole y abyecto corazón, con un aspecto y obras de tan honrada caballerosidad? Nunca, y á no venir la evidencia con la brutal prueba de los hechos, como sucedía en estos momentos, jamás le hubiera conceptuado capaz de semejante falsía. Por hombre honrado, caballero y digno sin afectación le había tenido por tal hasta entonces; pero á la sazón los hechos le convencían de lo contrario. En esta lucha fluctuaba su alma, y allá en el fondo, muy hondo, una voz en su conciencia le gritaba: «Te engañan, Julián: los hechos le condenan, la calumnia, en el anónimo cobarde y vil, quiere llevarte al error, á la duda en

la honradez de Alfonso, y tú, si lo crees, si tomas por de buena ley una cobarde delación, eres entonces tan criminal como el calumniador que se vale del anónimo para meter el veneno en tu alma».

Julián sentía allá en el interior un fuego que le abrasaba, no el fuego de la purificación, sino el resquemor de la duda, de la traición, y luchaba por ser noble, franco y leal con Alfonso, contándole cuanto había y lo que allí le había traído. Iba á hacerlo, arrodillarse á sus pies y pedirle perdón, pero la imagen de Luisa se le presentaba llorosa con una carta en la mano. Esto le detuvo y calló. Necesitaba avistarse antes con la señorita y saber lo que había en el anónimo que le decían haberle dirigido. El bien, la conducta noble le detuvo y quiso antes ver á Luisa.

—Pero, Julián, ¿qué te pasa? Te has quedado atontado mirándome sin decir palabra y como si algún vértigo te hubiera dado—añadió sonriéndose el marqués y contemplando al aturdido Julián.

—Sí, señor, tiene usted razón; he quedado como en Babilonia oyéndole á usted, y si juramento me tomara de las últimas palabras que ha pronunciado, no podría hacerlo. Hace unos días que pasa por mi cabeza una especie de nube que con zumbido de oídos me deja por unos minutos como alestargado. Durante esa especie de vértigo, si estuviera en pie, vendría al suelo, y esto me preocupa.

—¿Quieres tomar algo? ¿Agua, éter, azahar?

—No, señor, no; nada tomo; esto debe ser á causa del calor, de... qué sé yo.

—Eso son las consecuencias del estado de intranquilidad en que has estado, y ahora vienen las resultas de los berrinches que tomaste con tus amores con Rosario. Pero ¡qué canastos! aquello ya pasó, y dentro de poco tendremos y alcanzaremos la dicha, si Dios quiere, de ser felices con esos dos ángeles que Dios nos ha deparado en suerte. Ánimo, que ya nos queda poco que andar.

—Es verdad; ¿y usted cree que seremos felices con ellos?

—¿Y por qué no? ¿Somos acaso unos bandidos sin fe ni confianza en Dios y su Santa Madre para no labrar la dicha

de esas mujeres con nuestro cariño y honradez? Desengáñate, Julián, es mucho más fácil ser feliz que desgraciado: obra rectamente, pon tu confianza en tu mujer, cree que la felicidad en la tierra depende de obrar bien, y recta y honradamente proceder en todo, y, no te apures, lo demás viene sin esperarlo. Que aquella duda del año pasado jamás enturbie el cielo de tu dicha; ama á tu mujer, confía en ella, no la engañes y serás dichoso. ¡Cuenta que la desconfianza en la mujer en quien depositamos nuestro cariño es como la gota de hiel, que amarga cuanto toca! Y basta de consideraciones filosóficas, amigo Julián. Seamos tan buenos como ellas, y lo demás riete: por cada mujer mala en el matrimonio, hay un millón de buenas.

—¿Y nosotros?

—También, hombre, también; el hombre que engaña á su mujer, se engaña á sí mismo, á más del acto criminal y reprobado que comete. El que teniendo una mujer buena se va en busca de una criminal, es porque su espíritu le rechaza del bien y le impele á lo malo, y por tanto es indigno del aprecio de su mujer y de la sociedad; pues por mucho que el crimen se oculte, sucede como con la moneda falsa, circulará; pero llega un día en que se descubre su falsedad, y entonces no queda más que el basurero. Lo mismo sucede con el esposo criminal ó la esposa; pasará por persona honrada, pero el día en que se descubre aquella criminalidad, la moneda no pasa: pasará para la sociedad corrompida, pero no para las personas dignas ni en las que su honradez sea el patrón á que ajusten su conducta. Como con el leproso, le apartarán de su lado; no le arrojarán la primera piedra, y sólo cuando la salud de la expiación le haya curado, entonces le perdonarán.

Julián callaba, oía aquellas palabras que caían en su corazón como frases de consuelo; pero ¿sería verdad cuanto decía Alfonso, sería verdad ó sería moneda falsa que quería largarle?

JOAQUÍN CASAÑ.

(Continuará.)



DON JOSÉ DE CÁRDENAS
Y EL PRESUPUESTO DE FOMENTO

III

SEGUNDA ENSEÑANZA

Pasemos á la SEGUNDA ENSEÑANZA, tema de moda, puesto sobre el tapete por las últimas y ruidosas reformas suscriptas por el Sr. Groizard, aunque tema desconocido por la mayoría de los que sólo se fijan en cambios, aumentos y creaciones de asignaturas, con el poco tino, la ligereza y el interés privado que campea sin respeto en casi todo lo que caprichosamente se ha venido diciendo.

Trata el Sr. de Cárdenas con conocimiento cabal y profundo y mucha altitud de miras todas las cuestiones que atañen á la segunda enseñanza: es un disecador hábil y un analizador experimentado, dejándose, no obstante, llevar en muchas ocasiones de su entusiasmo por todas las creaciones modernas, mucho más cubiertas de oropel y engañosos reflejos que de sentido moral práctico y conveniente. No admitimos, no, todas sus opiniones sobre la enseñanza de la mujer y la utilidad de la multiplicación de centros femeninos de segunda enseñanza, aun con determinadas cortapisas y limitaciones. He-

mos seguido paso á paso el desarrollo en Francia y las pálidas imitaciones en España de los establecimientos consagrados á dar *independencia* á la mujer, procurando su desarrollo físico, intelectual y moral, y vemos que los resultados no solamente no corresponden al programa, sino que lo desvirtúan y contradicen.

Pero no adelantemos consideraciones que vendrán mejor en otro sitio, probándonos que ciertos organismos, lejos de crear la dignidad pudorosa y el verdadero saber, sólo sirven para fomentar la presunción mal fundada, la vanidad, el descoco y los grandes errores sociales.

Empieza por advertir el Sr. D. José de Cárdenas, como de paso, que la mal llamada segunda enseñanza debiera mejor llamarse enseñanza general, y tiene razón sobrada, si se atiende al carácter íntimo, al objeto á que se encamina y hasta á la propiedad del lenguaje.

Luego prosigue:

«Ya la segunda enseñanza está incorporada al Estado; ya sus profesores gozan sin alteración ninguna de los sueldos que les están asignados como á los demás funcionarios del Estado, y además tienen sus aumentos de sueldo por quinquenios, y se encuentran con todas las ventajas de que hoy disfrutan en general los profesores de la llamada enseñanza superior.

»Aquí se ha demostrado que la segunda enseñanza, lejos de gravar al Estado, le produce algún beneficio; y si no le produce más, es por razón del precio de las matrículas.

»Yo soy también muy partidario de la matrícula baja. Yo tampoco participo de esa opinión, muy generalizada, de menos abogados y más industriales; porque yo no soy partidario de aquellas cosas que no tienen realidad práctica, y lo primero que necesito para pedir industriales es que haya industria, y además tener montadas las escuelas y los medios de enseñanza profesional industrial en condiciones de poder llamar á ellas á la juventud que va á otras partes.

»En efecto, la segunda enseñanza, ó sean los estudios generales que se comprenden bajo esta denominación, son elementos de cultura necesarios para todas las clases, sin excluir

al menestral que quiera y pueda, y cuyas condiciones económicas y de vida le permitan adquirir esos conocimientos indispensables en la vida para merecer el dictado de ciudadano bien educado, y para ponerse en condiciones de tratar todas las cosas, ó al menos de no aparecer ignorante de las principales de la vida.

»Ahora bien: la segunda enseñanza, entre nosotros, ha venido durante muchos años viviendo... de la ley, es natural pero más que de la ley, de resoluciones complementarias ó reglamentarias y de lo que pudiéramos llamar costumbres y hábitos académicos.

»En el plan anterior al que rige, en el de 1880, tuve yo alguna parte, porque era Director de Instrucción pública; aquel plan no se presentó con deseos de grandes reformas y transformaciones; fué muy modesto, no trató más que de regularizar los estudios que venían de una época muy agitada y de restablecer ó, mejor dicho, normalizar algo más el régimen académico, atendiendo también á la disciplina y poniendo en condiciones estos estudios de que sin gran dificultad y sin necesidad de introducir grandes novedades se realizaran y cumplieran, más que por la ley, por el talento, por la ciencia y por la discreción de los profesores, y aun por el carácter dócil y por las buenas tendencias, en la generalidad de los casos, de la juventud en España.

»Y en efecto, aquel plan no hay por qué criticarlo; en general ha dado buen resultado. Pero la idea de que una reforma se imponía en estos asuntos estaba muy extendida, y el Consejo de Instrucción pública había entendido ya de varios planes, cuando el Sr. Moret, siendo Ministro de Fomento, con esa iniciativa que he elogiado tanto, trató de poner mano, y mano activa é inteligente, en el régimen de la segunda enseñanza, y tuvo la paciencia y la bondad de asistir al Consejo de Instrucción pública en un gran número de sesiones en que se discutían las bases esenciales para la reforma de dicha enseñanza. Tenía el Consejo la suerte y la honra de que lo presidiera uno de los hombres más eminentes del partido liberal, que se distingue por su discreción, por el conocimiento que tiene de los asuntos, por la seriedad con que trata las cosas y

por la modestia que acompaña á su valer y á sus conocimientos; este digno Presidente del Consejo de Instrucción pública, además de sus conocimientos en la materia, tuvo ocasión de oír atentamente todo lo que se expuso en aquellas luminosísimas discusiones, y digo luminosas en cuanto yo no tomara parte en ellas; pero, en fin, allí se encueatran eminencias en la enseñanza, profesores expertos, hombres muy entendidos en todos los ramos, y principalmente en el de Instrucción pública, y de aquellas discusiones luminosas surgió la idea en el señor Groizard, cuando se encargó del Ministerio de Fomento, de aprovechar los trabajos que existían, y muy señaladamente alguno determinado, y publicó el Real decreto que lleva su nombre, y que se intitula de *reformas de segunda enseñanza*.

»Yo, que estoy obligado á decir en todas partes la verdad, y que he merecido del Sr. Groizard las mayores atenciones y pruebas de confianza, que nunca agradeceré bastante, debo decir que el principal defecto de esa reforma, y le llamo defecto por más que no sea defecto en sí, pero, en fin, es cosa que ha perjudicado á las reformas, lo digo con toda claridad, es el de no haber esperado algún tiempo. Esa reforma pudo haberse detenido algunos meses, pudo realmente hacerse su aplicación, no en el año que se hizo, sino al año siguiente. Y no me refiero á la cuestión de los derechos adquiridos; no se trata de eso; yo se lo dije al Sr. Groizard: á mí me parece que la mayor parte de las quejas que se levantaron contra esas reformas, aun antes de conocerlas, eran motivadas por el cambio tan profundo, al parecer, que se hacía en el régimen de la segunda enseñanza y en sus clases, sin tiempo apenas para poderse someter y poder decidir acerca de esas reformas los que tenían, por necesidad y obligación que someterse á ellas; en una palabra, la cuestión era para mí de oportunidad. De modo que, sin decir si se atacaban derechos adquiridos ó no adquiridos, lo que digo es que esa reforma, viniendo para el año siguiente al en que se publicó, empezando por el primer año, como es natural, y estudiando, á medida que fueran pasando los años, los defectos que se fueran notando para irlos remediando, creo yo que estas reformas no hubieran encontrado oposición de ninguna clase.»

Aquí abarca el discurso del Sr. Cárdenas dos cuestiones. Una relativa á la bondad del plan de estudios de 1880 y otra acerca del desconcierto originado por la repentina imposición del plan de 1894. El plan de 1880 fué una reforma seria, reforma atinada, reforma todavía viable y muy viable, á pesar de las corrientes reformistas, más ficticias que reales, más instintivas que razonadas, en el Consejo mismo de Instrucción pública. El plan de 1880 no necesita más que ciertos retoques para combinar debidamente la gradación en los estudios, pues sus asignaturas son suficientes y aun sobrantes, desde el momento en que se cometió el error de dar carácter técnico á algunos estudios de segunda enseñanza, haciendo aparecer en el cuadro una exótica agricultura por respetables circunstancias de afición, lugar y tiempo que aquí no son del caso.

Respecto del plan atribuído al Sr. Groizard, respecto de plan de 1894, tenía otro gravísimo defecto, y era el de ser impracticable. No asustaba el número de asignaturas; lo que asustaba era el modo de darlas, todas en igual número de clases y en días alternos, constituyendo una monstruosidad absurda y, por lo irracional y antipedagógica, imposible. No era todo cuestión de oportunidad; había que estudiar previamente y desde al primer año cómo habían de estudiarse y qué clase ó clases semanales habían de darse para constituir una preparación progresiva.

Nada de esto se hizo, como si hubiese habido prisa en regalar cátedras y dar permiso para la redacción de otros textos y otras especulaciones interesadas.

Pero el elocuente orador, fijándose sólo y por el momento en la cuestión de oportunidad, seguía diciendo:

«Yo con franqueza expuse estas consideraciones al entonces Ministro de Fomento, Sr. Groizard, el cual me dió una razón verdadera que había pesado en su ánimo para implantar tan pronto la reforma, es á saber: el Profesorado, la dificultad de la combinación del Profesorado, la necesidad que se hubiera impuesto de aumentar el Profesorado razón que para los que conocen esta materia no deja de tener importancia. El hecho es que la reforma se decretó; pero luego, ya fuera por la necesidad de limitar los estudios al espacio de tiempo á que es-

tán aquí acostumbrados los discípulos y los padres de familia, es decir, á cinco años, ya por otras consideraciones, el señor Groizard tuvo necesidad de introducir alguna alteración en sus reformas, alteración en la cual yo intervine. Después, el señor López Puigcerver tuvo que introducir una nueva alteración para responder á sus exigencias á que dada su posición tenía necesidad de responder; ello es que por una ú otra causa las reformas del Sr. Groizard se han podido malograr en alguno de sus puntos más esenciales por causa, no más á mi juicio, que de la época en que se promulgaron, por virtud de la imposición á los alumnos para que desde luego se sometieran á ellas.

»Yo no encuentro en las reformas del Sr. Groizard, francamente lo confieso, nada extraordinario para que puedan por ellas alarmarse los padres de familia y los alumnos.

»Es indudable que en esas reformas, al llevarlas á la práctica, cosa que acontece con todos los proyectos de cierta importancia, se hubieran podido introducir algunas modificaciones; pero no entiendo que existan en ellas atrevimientos de tal magnitud que den motivo á creer que se cambia por completo el modo de ser de la instrucción pública en España. Esas reformas responden en su casi totalidad á las opiniones muy meditadas del Consejo de Instrucción pública. Algo tienen, como es natural tratándose del Sr. Groizard, algo tienen, repito, de personal, de lo que el Ministro piensa y cree sobre estas cuestiones, pero indudablemente no es gran cosa. Y cuando hoy está en tela de juicio todo lo que se refiere al carácter de eso que se llama segunda enseñanza; cuando se discute tanto sobre su alcance y sus límites; cuando los pedagogos y los que se ocupan de todas estas materias se ponen tan difícilmente de acuerdo sobre el sistema que ha de seguirse; cuando se presentan tantas innovaciones y existe esa lucha tan grande entre lo que puede llamarse la enseñanza clásica y la enseñanza moderna real; cuando en principio no están acordes ni publicistas, ni escuelas, ni nadie sobre esta cuestión de la segunda enseñanza, es evidente que toda reforma que vaya aconsejada por la prudencia y por la discreción, cualidades que nadie puede negar al Sr. Groizard, tiene que ser una reforma en cierto sentido modesta.

»Estas reformas se presentaron como una revolución profunda en la enseñanza, y examinadas atentamente, lo que se nota en ellas es una especie de transacción entre todas las cuestiones que hoy se suscitan con respecto al carácter de la segunda enseñanza y una satisfacción á determinados estudios que se dan en todas partes, y que complementan los generales, lo que se llama un concepto cualitativo y cuantitativo de las asignaturas, en lo cual podría si acaso el Profesorado encontrar algo que criticar; pero no creo que por esto los padres de familia tuvieran nada que decir contra el plan del Sr. Groizard; antes, por el contrario, más bien tendrían algo que agradecerle: una disciplina escolar que hasta entonces no se había creído conveniente restablecer hasta ese punto: un deseo de un internado ó media pensión, si posible fuera, y dejando esto para cuando los Institutos del Estado reunieran en sus edificios las condiciones indispensables para poder satisfacer á esta necesidad. ¿Qué es lo que había en el Real decreto que pudiera plantear una verdadera cuestión? Ya lo saben los señores que me escuchan. Un problema, que ya para mí no lo es, que creo no lo es para nadie, y, que después de todo, es fácil de remediar, y ya se remedió.

»El de la bifurcación. Ni más ni menos. Pero esta bifurcación hay que tener en cuenta que se ha hecho en el proyecto, no por dividir la enseñanza en esas dos ramas, atendiendo de este modo á dar satisfacción á los que quieren la enseñanza real ó moderna y la enseñanza clásica, sino que se ha hecho considerando que, en efecto, esas dos enseñanzas deben existir; y contando con que el Estado no tiene medios bastantes para establecer una segunda enseñanza real al lado de la clásica, resulta que fué una cuestión de mal entendida economía que hizo sujetar á un número de años excesivamente corto la que puede llamarse enseñanza general de cultura, la propiamente segunda enseñanza, y luego, á manera de rama, abrió para los estudios de las ciencias y las letras dos distintas preparaciones. Esto lo combatí yo en el seno del Consejo de Instrucción pública, é indudablemente, á mi entender, es un defecto de las reformas que se explica de la manera que antes he expuesto.

»Ahora bien, después de esto pregunto yo: ¿de qué nació todo eso de que estas reformas eran extraordinarias y de una cosa nunca vista? Pues nació de cosa que venía existiendo y que creo continuará, porque aquí no hay energías ni fuerza bastante para el remedio de males inveterados.

»Lo que resulta es que los libros de texto han llegado á constituir una especie de monomanía en el Profesorado, fundada, creo yo, en algunos casos en necesidades que... Yo me expreso con alguna dificultad en este asunto, porque es materia delicada... En fin, en el deseo de combinar la necesidad del libro de texto con la natural utilidad en mejora de cortos y menguados estipendios. Claro es que esto no quiere decir que los profesores sólo deseen que sus discípulos aprendan en sus ideas y en sus métodos; pero la verdad es que yo creo que en asignaturas como Historia, Geografía y algunas otras, llama la atención que cada catedrático ha de tener su libro particular y que esto produce mal efecto. Al propio tiempo, como suelen ser abultados los volúmenes, y aunque no lo fueran, como la obligación de adquirir estos libros, si no es legal, es una obligación moral, llamémosla así, todos los que para cada año tienen los profesores de todos los años de la segunda enseñanza pueden, con efecto, formar una especie de columna sobre la cual un niño de quince años, que es á la edad á que acaban la segunda enseñanza, difícilmente puede apoyar su brazo, con lo cual se da el caso representado en una fotografía que se presentó en el Senado, en la que abultaban más los libros que había puestos en columna que el tamaño del niño que con ellos estaba retratado.

»Esto es muy difícil de evitar, porque el proyecto del señor Groizard determina que el texto vaya á consulta del Consejo de Instrucción pública; pero ésta es una tarea difícil y grave, y que no sé que hasta el presente se haya pensado siquiera en intentarse. ¿Es que la segunda enseñanza requiere muchas asignaturas? ¿Es que la segunda enseñanza será tanto más provechosa, tanto más adelantada y tanto mejor cuanto más enseñanzas sean necesarias y más maestros sean precisos? No. Yo creo que la enseñanza general debe ser una enseñanza sencilla, una enseñanza limitada, una enseñanza elemental de las

cosas más necesarias, vuelvo á repetir, para que el hombre, en la vida, pueda bastarse á sí propio sin necesidad de ninguna otra carrera ó profesión.

»Yo tengo aquí, y he leído muy atentamente, los programas que se dan en Francia. En Francia, toda la enseñanza está organizada, reglamentada con centralización autoritaria, y la libertad individual no existe para esto.»

Pues permítame el Sr. de Cárdenas que le diga, en medio de mi nulidad, sólo algún tanto atenuada por la experiencia, que precisamente ahí está el secreto de los abusos que se advierten en los libros de texto. Ahí está el secreto de los males que lamentan Consejeros, Directores y Ministros. Pues qué, ¿no puede redactar el Consejo, no puede publicar en la *Gaceta* el Director de Instrucción pública los programas oficiales de todas las asignaturas? Hágase así, como se hace en Francia; entréguense los textos aprobados á la industria particular de autores y de editores; déjese á los profesores de enseñanza privada, déjese á los alumnos de enseñanza libre y hasta á los de la oficial una libertad completa para preferir y elegir textos dentro de los redactados con estricta sujeción á los programas oficiales, y desaparecerán como por ensalmo la mayor parte de los males que hoy se lamentan con tanta amargura. Si hay abusos, y si los males subsisten es porque la Administración pública lo quiere ó lo tolera. No sería cosa tan difícil redactar un decreto que solucionase en definitiva todas las cuestiones y todos los legítimos intereses relacionados con esa balumba aterradora y carísima de malos libros de texto.

Luego, entrando en el fondo de la cuestión de segunda enseñanza, el orador Sr. Cárdenas nos decía:

«En Francia estos programas están hechos gradualmente. La última reforma llevada á cabo, después de muchas meditaciones y muchas consultas al Consejo de Instrucción pública y de pasar por ponencias ilustradas, consiste en reducir bastante las horas de clase de los alumnos.

»En Francia tiene el estudio clásico una multitud de enseñanzas por el sistema que no me atrevo á llamar cíclico en absoluto, pero, en fin, á ése se acomoda más que á ningún

otro; es decir, á ir desdoblado las asignaturas para que al fin se integren todos los conocimientos en el alumno. Allí se ha puesto por límite el de veinte horas semanales de clase; pero esto se hace por un procedimiento que es fácil y que, en mi concepto, está muy bien estudiado. Como no hay asignaturas de esas que se estudian todas en el primer año, y las mismas desde el primero hasta el último año, pasando por el preparatorio, por los años de estudios literarios y por los que se denominan de ciencia y filosofía, resulta que el niño á los diez y siete años, que es cuando acaba la segunda enseñanza, está en condiciones de saber cuanto los programas le han ido suministrando de una manera paulatina y progresiva.

De este modo es evidente que puede hacerse con él lo que allí se hace: hay una asignatura, por ejemplo, que es la higiene; pues aquí, si hubiera ocurrido poner la enseñanza de la higiene, lo primero que se hubiera hecho sería establecer una cátedra, diaria ó alterna, y nombrar un catedrático por oposición. Pues allí no se hace así; la higiene se da unos días al fin del año por el profesor de gimnasia. ¿Por qué? Porque leyendo el programa de lo que constituye la enseñanza de la higiene, se ve que con una especie de conferencias en fin del año se enseña todo lo que debe saber el alumno á esa edad de tal materia. El desarrollo de las matemáticas, que se comprende en el estudio de las ciencias, y el desarrollo de la física, que pertenece á ese mismo estudio, se ve en esos programas como por una sencilla gradación: se hace el estudio, que llega desde lo muy elemental á lo muy superior.

No quiero hacer alardes de esa erudición, que fácilmente la adquiere cualquiera yéndose á la Biblioteca, acerca de lo que pasa en Bélgica y en Inglaterra y en Suiza y en los Estados Unidos, porque repito que es eso facilísimo, y todos, sin necesidad de que yo lo diga, todos pueden fácilmente saberlo, y además la Dirección de Instrucción pública con buen acuerdo, como produjeron estas reformas tan gran alarma, tuvo á bien publicar un libro en que constan todos los planes y además una memoria con un preámbulo dado por el Director ó Secretario del Museo pedagógico, muy bien hecho, y en la cual, sobre poco más ó menos, detallan lo que existe en materia de

segunda enseñanza, no digo ya en las naciones europeas, sino también en muchas de América. Yo, sin embargo, como me gusta estudiar estas cosas por mí mismo, además de lo que dice el libro he refrescado mi memoria con programas de casi las principales naciones, programas recientes, del día, y de ellos deduzco que la tendencia en la enseñanza general es á la unidad; de modo que se tiende en todas partes á una enseñanza completa general abarcando toda clase de conocimientos, lo cual no quita para que aquellos pueblos que sean demasiado ricos ó que quieran hacer este esfuerzo puedan establecer una enseñanza aparte que podemos llamar moderna, real, con la base de ciencias naturales, al lado de esa enseñanza clásica general con la base del latín, que indudablemente es la tendencia dominante.

»Sumadas todas las opiniones y todas las reformas, la resultante es una enseñanza general, clásica, con las asignaturas precisas. Así como el Sr. Cánovas del Castillo pedía, respecto de la protección, la necesaria, yo, en cuanto á la enseñanza, pido la necesaria; pero con un sistema que, sin ser tan exclusiva que tal vez traiga inconvenientes, sea análogo á aquel á que se acomoda hoy en general la enseñanza, á saber: que sean pocas asignaturas y se aprendan de tal manera que no se abandonen desde el primero hasta el último año. En Francia, el dibujo, por ejemplo, entra en el año preparatorio, en los seis años de los estudios clásicos, en el estudio de las ciencias, y llega hasta el estudio de la filosofía; de modo que durante ocho ó nueve años se estudia el dibujo, que aquí ha levantado ciertas protestas porque tímidamente se establecía en la segunda enseñanza. Pero, vuelvo á repetir, lo que hace falta es que esas asignaturas sean las necesarias, que no haya lujo de asignaturas, que el estudio sea el desenvolvimiento cíclico progresivo hasta llegar al último grado en que todos los conocimientos estén integrados de tal manera en el discípulo que pueda presentarse á los nuevos grados con los conocimientos necesarios. Es preciso que el examen de ingreso en la segunda enseñanza sea severo y formal, sin lo cual es imposible que jamás haya buena enseñanza, y ya que no se quieran establecer, como en Francia, exámenes de pase, es decir, á manera

de grados de determinados años para pasar á otro, al menos que no se suprima por ahora el examen, que es materia grave. Yo no me atrevería á pedir á nadie que suprimiera el examen.

»Es verdad que hay países en donde no existe, pero aquí la tradición es muy fuerte, la rutina es muy poderosa, y todo lo más que puede hacerse es transformar el examen, que, en efecto, tal como hoy existe, tiene muchos inconvenientes, abruma al Profesorado y es cosa tan molesta y de resultados tan escasos que bien merece la pena de que se medite y se resuelva sobre ella.

»Esto es lo que en general resulta de la enseñanza que se da en los demás países aunque con diferentes sistemas. No es lo mismo lo que pasa en Alemania que lo que sucede en Inglaterra. En Inglaterra la libertad domina en todo. En Alemania se atiende de una manera extraordinaria á la enseñanza secundaria en sus diferentes manifestaciones. En Francia se debilita la enseñanza moderna; esa enseñanza que pudiéramos decir que atiende á las necesidades del día con lenguas vivas, con ciencia, ésa va teniendo cada vez menos adeptos, y en cambio la enseñanza clásica y general los tiene mayores, sin que la teudencia modernista deje de influir en la enseñanza, pero no para meterla dentro de la segunda enseñanza, sino combinándola en general con la clásica.

»Yo soy partidario y casi estoy enamorado de la enseñanza que se da en los países del Norte, sobre todo en Suecia, Noruega, Dinamarca, la Escandinavia, con sus colegios y escuelas sabias ó latinas, con su carácter educador, con un sistema tan sencillo, tan práctico, tan bien ordenado, tan sin recargar á los jóvenes, que, francamente, me parece de lo mejor en materia de enseñanza. Yo he visto recientemente disposiciones adoptadas en Bélgica, que, como saben los Sres. Diputados, es el punto en que más adelantada está la enseñanza Froebel y que se ve en todas partes. Pues bien, yo he visto allí tratada la cuestión de la gimnástica, que es una de las cosas que hoy preocupan á todos, de una manera que me agrada en extremo. Cuanda se habla de gimnástica es claro que hablamos de la gimnástica escolar, no de la gimnástica que

algunos creen entender y que sirve para poner en evidencia esta enseñanza. En una discusión habida en Bélgica hacía notar un pedagogo ilustre la falta de la gimnástica en los programas que dejó Frœbel tan detallados y tan variados, y le respondió uno de los profesores más antiguos, que por cierto tiene una de las mejores escuelas del mundo que he visitado, y que ojalá la mejor escuela de los más altos estudios aquí tuviera el local y el material que tiene aquella modesta escuela de niños, contestó aquel maestro lo siguiente: «Y el sistema Frœbel ¿qué necesidad tiene de clase especial de gimnástica si todo el sistema es una gimnástica pura?»

»Todo el sistema Frœbel está encomendado á una gimnástica; es decir, á ese desarrollo físico que ha de ser combinado con el desarrollo moral, que es el elemento mejor para la educación del niño; por eso Frœbel, que atendía en su programa á todas las enseñanzas, no tuvo para qué ocuparse de esta gimnástica, haciendo con eso la crítica más grave de lo que algunos entienden por gimnástica, que es dar saltos, hacer equilibrios y ser objeto de fuerza. Los jardines de la infancia constituyen una gimnástica permanente.

»La vida de la escuela es lo que constituye la gimnástica; no hay clases de gimnástica con maestros determinados, porque, como me decía el ilustre profesor belga, no hace falta. Yo deseo más: que se aprendiera toda la enseñanza, todo lo que se pueda; pero, en fin, en la idea, en el pensamiento, en el método, deseo que todas las escuelas se acomoden al sistema Frœbel, que no que nada de Frœbel tenga que acomodarse al sistema y á la enseñacza moderna en punto á la gimnástica.

»En los Ateneos belgas es una cuestión ya resuelta la que hace referencia á evitar la fatiga que produce en el niño el excesivo estudio y la continua asistencia á las clases; y por eso, en los reglamentos de aquellos Ateneos se dice, por ejemplo: jamás, en ningún caso, podrá estar el discípulo más de tres horas seguidas asistiendo á clases. Es decir, jamás podrán pasar los alumnos tres horas sin luz, en la atmósfera viciada de una clase, sin paseo, sin recreos de ninguna especie. Eso no es posible; cualquiera que sea la clase de ense-

ñanza, cualesquiera que sean las necesidades de la misma, es menester dar al alumno en cada tres horas por lo menos un reposo de quince ó veinte minutos, media hora, durante la cual pueda pasear, tener un rato de recreo y esparcimiento, bien sea dentro ó fuera del establecimiento, que allí generalmente es dentro, porque no sucede lo que aquí, sino que allí los edificios están acondicionados de modo que dentro de ellos el alumno puede tener ese recreo y ese esparcimiento. Así se atiende allí al progreso físico, al desarrollo á un tiempo físico y moral de la juventud. Así en Francia ya se limita el número de horas de clases semanales desde veinte ó veintiuna, según hemos indicado, á diez y ocho y diez y seis respectivamente, según la clase de institución de que se trata.

»Estas consideraciones es menester que aquí, al intentarse cualquiera reforma, se tengan muy presentes, á fin de que esté supeditada esta reforma á estos principios, á saber: una enseñanza general, porque no estamos en tiempo ni en condiciones económicas que permitan otra cosa; las necesarias asignaturas, más bien pocas que muchas; no tener en clase á los alumnos demasiado tiempo; que no esté jamás en clase el alumno más de diez y ocho ó veinte horas por semana; poner los locales en condiciones tales que el discípulo pueda allí practicar esa gimnástica tan provechosa para su salud; tener dentro de los Institutos museos, laboratorios y todos los elementos de enseñanza práctica que puedan servir, al par que de estudio y de enseñanza, de recreo al mismo discípulo; que no es cosa muy rara ir á visitar establecimientos de segunda enseñanza, como yo lo he hecho en el extranjero, y encontrarse con que después de terminadas las clases se han quedado algunos discípulos en los laboratorios haciendo ensayos con los ayudantes y profesores, y dar, en fin, á la enseñanza todo lo principal en la parte externa y en la parte científica. Ésta me parece que sería una reforma por todos acogida con aplauso.

»Debo por tanto insistir, después de lo expuesto, en que, á mi juicio, las reformas de la segunda enseñanza del Sr. Groizard no son ninguna revolución, no plantean ninguna novedad, ni sorprenden ni extrañan; porque apenas se ha hecho en

ellas más que traducir en hechos los acuerdos del Congreso pedagógico hispano-portugués americano, que se celebró aquí en 1892. Tengo á mano los acuerdos de aquel Congreso, y fácilmente se advierte, sólo con leerlos, que las reformas se atienen casi á la mayor parte de esos acuerdos, que fueron inspirados por un gran conocimiento de las conveniencias de la enseñanza, y al propio tiempo por una gran prudencia. En ellos se pedía, entre otras cosas, el establecimiento de una enseñanza pedagógica, de un centro pedagógico para los aspirantes á profesor; y yo creo que el aprendizaje que dentro de ese cuerpo que ha de cooperar á la enseñanza se establece por el Real decreto del Sr. Groizard, responde en gran parte á las exigencias que se tuvieron en cuenta al hacer aquella declaración en este punto en aquel Congreso á que me refiero.»

Toda esa eruditísima exposición de hechos, todo ese cúmulo de observaciones y datos que nos presenta el Sr. de Cárdenas, como fruto de sus estudios y de sus viajes, exige algunos comentarios que la premura del tiempo nos obliga á aplazar para el artículo siguiente.

Queremos que el notable trabajo del eminente hombre público, cuyas aficiones son, por rara anomalía, los delicados problemas de la enseñanza, quede aquí puntualizado en debida forma.

C. SOLER ARQUÉS.

(Continuará.)





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

La Géologie comparée, por ESTANISLAO MEUNIER, profesor de Geología en el Museo de Historia Natural de París.—París, Félix Alcan, editor, 1895.—En 4.º, 296 páginas y 35 figuras en el texto. Encuadernado en tela: 6 francos.

Nadie ignora que los planetas se parecen más ó menos á la Tierra, y desde la época de Fontenelle se preguntan todos si no estarán habitados por hombres más ó menos semejantes á nosotros. Hace ya mucho tiempo que se le ocurrió al Sr. Meunier estudiar la geología de los planetas aludidos, comparándolos con la Tierra, y ahora condensa sus curiosísimas observaciones en el libro que publica la *Biblioteca científica internacional*, tan acertadamente dirigida por el señor Alglave. Creeríase al pronto que faltan datos para establecer la historia geológica de los planetas, adonde, como es natural, no se ha podido ir á no ser en sueños. Pero leyendo la obra del ilustre profesor del Jardín de Plantas se advierte que hay medios bastante precisos para abordar el

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

problema, y que Marte y la Luna, por ejemplo, son en realidad mejor conocidos y más accesibles que el centro de África ó de Australia.



Ketteler y la organización social en Alemania, por ALFONSO KANNENGIESER. Traducción de D. Modesto Hernández Villaescusa.—Barcelona, 1895.—En 8.º, 292 páginas. Encuadernado en tela: 2 pesetas.

Esta nueva obra se compone de cinco capítulos. El *primero* es la biografía de Mons. Ketteler, obispo de Maguncia, el *obispo social por excelencia*, de quien dijo en cierta ocasión León III: «¡Ketteler era mi gran precursor!» No puede conocerse á fondo la cuestión social sin estudiar detenidamente esta interesantísima biografía, así como los cuatro capítulos siguientes que, á la vez que la realización del pensamiento de Ketteler sobre la cuestión social, nos ofrecen los maravillosos resultados obtenidos por los católicos alemanes. El *segundo* estudia la organización de uno de esos asombrosos Congresos, alma y vida de la acción católica alemana. El *tercero* describe la organización de una Asociación, el *Volksverein* (Asociación popular católica), último pensamiento de Windthorst, el más fecundo en resultados, baluarte inexpugnable contra el socialismo, que á los dos años de existencia contaba ya, sólo en tres regiones de Alemania, con 170.000 socios electores. El *cuarto* trata de la organización de una enseñanza social (la Universidad popular de München-Gladbach), en la que se ventilaron todas las candentes cuestiones sociales. El *quinto* resume los resultados de la organización social de los católicos alemanes, vinculándolos, por decirlo así, en las últimas elecciones legislativas, en las que el Centro salió victorioso de la más tremenda lucha que haya sostenido jamás partido alguno.



Tempérament et caractère selon les individus, les sexes et les races, por ALFREDO FOUILLÉE.—*París, Félix Alcan, editor, 1895.*—En 4.º, XX-378 páginas: 7,50 francos.

Los recientes descubrimientos de la biología sirven para que se conozca mejor la unión íntima del carácter con el temperamento. Por otra parte, la psicología contemporánea prueba, según Fouillée, la importancia creciente del elemento intelectual en el carácter bajo los aspectos individual y social. El autor procura poner en claro la reacción de la voluntad inteligente sobre la constitución innata, con la evolución del carácter que de aquélla resulta. Después de establecer las grandes clases de temperamentos y caracteres y de explicar sus rasgos esenciales, estudia la diferencia psicológica de los sexos, las consecuencias morales y sociales que se derivan y el movimiento feminista de nuestra época; acaba con el examen de las diferencias psicológicas entre las razas humanas y expone algunas consideraciones sobre el porvenir de la raza blanca frente á las razas negra y amarilla, asuntos todos cuyo interés é importancia no cabe poner en duda.

*
* *

Los adversarios del poder temporal y la triple alianza, por ALFONSO KANNENGIESER. *Traducción de D. Modesto Hernández Villaescusa.*—*Barcelona, 1895.*—En 8.º, 270 páginas. *Encuadernado en tela: 2 pesetas.*

Volumen de alta política internacional, lleno de curiosísimas revelaciones, en el que pone de manifiesto el autor los egoísmos, infamias y villanías de que se han valido los enemigos de la Iglesia para arrebatarse al Papa el poder temporal, terminando con las interesantísimas biografías de Curci y Doellinger, personificadores, en el terreno de la ciencia,

de esa guerra despiadada á la Santa Sede, y con un notabilísimo apéndice del traductor.

* * *

Napoléon et la société de son temps (1793-1821) por P. BONDOIS, profesor de Historia en el Liceo Bouffon.—París, Félix Alcan, editor, 1895.—En 4.º, 445 páginas: 7 francos.

Este trabajo no tiene tendencia política; es un estudio de historia moral. El autor trata de explicar el influjo de Napoleón en los franceses del último período revoluciuario y el de los contemporáneos del Emperador en su carácter y personalidad. El Sr. Bondois ha evitado, en lo posible, las acusaciones de partido y las afirmaciones no incontestables; funda su libro en palabras y hechos que admiten por igual los admiradores y los detractores de Napoleón I.

Para que se forme idea del interés de la obra, citaremos los epígrafes de varios capítulos: Infancia y juventud de Napoleón.—Napoleón y la Francia convencional.—La conquista del ejército en Italia y en Egipto.—La sociedad francesa bajo el Consulado y la Dictadura militar.—Organización consular.—El Imperio.—El Emperador y su familia.—Napoleón y el Czar Alejandro I.—Napoleón en su hogar (*chez lui*) y en España.—El divorcio.—Francia y Europa en 1811.—La decadencia.—Moscou.—La conspiración de Malet.—El levantamiento de Europa.—Leipzig.—Francia en 1814.—Waterloo.—Santa Elena.

* * *

Obligation morale et idéalisme, por G. LEFÉVRE, profesor de Filosofía y doctor en Letras.—París, Félix Alcan, editor, 1895.—En 8.º, 163 páginas: 2,50 francos.

No pretende el autor dar una nueva demostración del idealismo ni aducir pruebas originales en favor de la obligación moral. Se propone que nazca ó se fortifique en las almas la fe en dos verdades que, para él, son indiscutibles.

Hélas aquí:

Si se analiza la idea misma de una moral, se comprueba que la obligación no se justifica, ó mejor aún, no se comprende sino en el idealismo, y que cualquiera otra filosofía compromete la moralidad.

Recíprocamente, no nos libramos de la duda sino aceptando el idealismo. De donde resulta que el saber descansa en el deber, por lo que sólo puede fundarse esta doctrina sobre una verdad moral.



Otras publicaciones.

«Estadística de las semillas adquiridas por la Administración forestal para la repoblación de los montes públicos, cabeceras de las cuencas hidrológicas y cultivo de los viveros centrales desde la publicación de la ley de 11 de Julio de 1877 hasta fin del año 1894.» Madrid, imprenta de Ricardo Rojas, 1895.—Por la lectura de este concienzudo trabajo se ve cuán grandes esfuerzos han realizado los distritos forestales para efectuar la repoblación de muchas de nuestras desnudas montañas, y cuán acertada ha sido en casi todos los casos la elección de semillas.

Locos y anómalos, por el Dr. D. Jose María Escuder. Madrid, 1895. En 8.º, 326 páginas, 4 pesetas.—Todos los periódicos diarios hablan extensamente de este libro, en el cual trata su autor, afamado alienista, de los estudios que ha hecho de casos notables. Por cierto que causa gran tristeza la lectura del volumen, porque se ve qué atrasado é imperfecto es nuestro régimen penitenciario.

El hombre en acción, esbozo de una teoría general del trabajo en su triple aspecto, vital, económico y liberal, por José de Letamendi. Madrid, 1895. En 8.º, 71 páginas.—Fue magistralmente leída esta conferencia en el Ateneo de Madrid por su digno presidente, D. Segismundo Moret, y en ella luce

su autor condiciones de pensador original y de escritor ingenioso y correcto. Imposible poner más «substancia» en menos páginas.

La canción de las estrellas, poema por Manuel Reina. Madrid, 1895. En 8.º, 38 páginas, 1 peseta.—Crítico tan autorizado como el P. Francisco Blanco dice de la última producción de Manuel Reina que «pocas veces ha visto manejar el verso suelto con tanto primor y gallardía, ni dar á la expresión poética tal relieve y áurea brillantez, todo lo cual suple el halago de la rima y quizá con notable ventaja».

Añade luego el insigne agustino que «el asunto está presentado de una manera magistral».

Con esto queda hecho el mejor elogio del magnífico trabajo del Sr. Reina. Tócanos á nosotros no más que felicitar calurosamente al autor, cuyo renombre aumenta con cada escrito que da á la estampa.

Indicador oficial de Correos, publicado con autorización de la Dirección general del ramo, por José Santandreu, oficial del Cuerpo. Madrid, 1895; en 8.º, VIII-416 páginas.—Obra utilísima para las empresas periodísticas y para el público en general, porque contiene todos los pueblos con ayuntamiento, provincia á que pertenecen, punto por donde se sirven, número de caja y partido judicial á que pertenecen. El inteligente y laborioso oficial de Correos Sr. Santandreu ha prestado un servicio de importancia con su libro, muy bien impreso, á la verdad, en los talleres de Ricardo Rojas.

Recueil des instructions données aux Ambassadeurs et Ministres de France, depuis les traités de Westphalie jusqu'à la Révolution française.—Públicase bajo los auspicios de la Comisión de Archivos diplomáticos en el Ministerio de Negocios extranjeros. Tomo XIII.—*Dinamarca*, con introducción y notas de A. Geffroy, del Instituto.—París, Félix Alcan, editor, 1895.—En 4.º, LXXII-240 páginas, 14 francos.

El Sr. Geffroy dió ya en esta importante colección las *Instrucciones de Suecia*. Lo bien que conoce la historia de los países del Norte le designaba para publicar también las *Instrucciones de Dinamarca*. El período que abraza aquel tomo (1648 á 1789) es muy complicado por las complejas

relaciones que ligaban á Dinamarca con Alemania, Inglaterra y Rusia; Francia consigue, sin embargo, establecer tratados de amistad y de comercio con el pequeño y noble reino, y las instrucciones que se dieron á los representantes constituyen uno de los capítulos más curiosos de la historia diplomática francesa.

A.



ÍNDICE DEL TOMO XCVIII

15 DE ABRIL DE 1895

	<u>Páginas.</u>
Sarmiento y sus contemporáneos, por D. Antolín López Peláez.....	5
Discurso académico (continuación), por D. Felipe Pedrell.....	13
La patria del Rey D. Pelayo, por D. M. González y D. A. Valseca Vila.....	22
Los errores del partido liberal autonomista, por P.....	33
«Interview» con un manco, por José Pons Samper.....	44
Norte y Mediodía (continuación), por D. C. Soler Arqués.....	58
Acontecimientos literarios, por D. Melchor de Palau.....	70
Ditirambo, por J. L. Estelrich.....	77
La segunda Conferencia de El Haya para el arreglo de varias cuestiones de derecho internacional privado (continuación), por el Marqués de Herrera.....	79
La Celestina (continuación, por D. Javier Soravilla.....	85
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	90
Crónica quincenal, por C. S.....	98
Boletín bibliográfico.....	108

30 DE ABRIL

Nicomedes Pastor Díaz, por D. José Antonio Parga Sanjurjo.....	113
Felicidad, por D. Carlos Cambroner.....	126
Discurso académico (conclusión), por D. Felipe Pedrell.....	135
El rey moro, por D. ^a Julia de Asensi.....	149
Aspiraciones á la ópera nacional, por D. M. Walls y Merino.....	159
A mi pluma, por D. Joaquín Alcaide de Zafra.....	180
Norte y Mediodía (continuación), por D. C. Soler Arqués.....	182
Una boda en la Alpujarra, por D. Francisco Villa-Real.....	199
La joven extranjera, por J. L. Estelrich.....	202
La Celestina (continuación), por D. Javier Soravilla.....	203
Crónica quincenal, por C. S.....	207
Boletín bibliográfico.....	216

15 DE MAYO

Del humorismo, por D. Andrés Ovejero Bustamante.....	225
Felicidad (continuación), por D. Carlos Cambronero.....	238
Aminta, por D. Angel Lasso de la Vega.....	247
La Música por D. Gonzalo de Castro.....	252
Canción platónica, por J. L. Estelrich.....	259
Norte y Mediodía (continuación), por D. C. Soler Arqués.....	262
Acontecimientos literarios, por D. Melchor de Palau.....	277
La segunda Conferencia de El Haya para el arreglo de varias cuestiones de Derecho internacional privado (continuación), por el Marqués de Herrera.....	286
El dominio del capital, por D. Anselmo Fuentes.....	298
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	301
Crónica quincenal, por C. S.....	315
Boletín bibliográfico.....	327

30 DE MAYO

Oración fúnebre, por D. Antolín López Peláez.....	337
Del humorismo (continuación), por D. Andrés Ovejero Bustamante..	358
Felicidad (conclusión), por D. Carlos Cambronero.....	369
La Música (continuación), por D. Gonzalo de Castro.....	376
La «Kermesse», por D. ^a Julia de Asensi.....	386
La guerra, por D. Constantino Piquer.....	390
O someterse ó rebelarse, por D. J. Pons Samper.....	394
La segunda Conferencia de El Haya para el arreglo de varias cuestiones de Derecho internacional privado (conclusión), por el Marqués de Herrera.....	399
Norte y Mediodía (continuación), por D. C. Soler Arqués.....	407
A un lucero, por D. Casimiro Foraster.....	417
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	419
Don José de Cárdenas y el presupuesto de Fomento, por D. C. Soler Arqués.....	430
Boletín bibliográfico.....	440

15 DE JUNIO

Un geómetra español del siglo XVII, por D. Pedro A. Berenguer... ..	449
Del humorismo (conclusión), por D. Andrés Ovejero Bustamante... ..	457
La Música (conclusión), por D. Gonzalo de Castro.....	469
Pedro y Perico, por D. ^a Julia de Asensi.....	479
El regionalismo y la poesía gallega, por D. Aureliano J. Pereira.....	484
Norte y Mediodía (continuación), por D. C. Soler Arqués.....	497
Acontecimientos literarios, por D. Melchor de Palau.....	507

Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	518
La Celestina (continuación), por D. Javier Soravilla.....	531
Don José de Cárdenas y el presupuesto de Fomento (continuación), por D. C. Soler Arqués.....	539
Boletín bibliográfico.....	550

30 DE JUNIO

El cura de Retamales, por el Conde de las Navas.....	561
La verdad demostrada, por D. Anselmo Fuentes.....	579
La literatura en China, por D. Manuel García Osuna.....	590
Prólogo de un libro, por D. Leopoldo Pedreira y D. Carlos Soler Arqués.....	600
Norte y Mediodía (continuación), por D. C. Soler Arqués.....	610
De Academia en Academia, por D. Andrés Ovejero Bustamante....	620
Lambertito (continuación), por D. Joaquín Casañ.....	630
Don José de Cárdenas y el presupuesto de Fomento (continuación), por D. C. Soler Arqués.....	648
Boletín bibliográfico.....	663

Madrid, 189 —Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández,
Laertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.